

10/5/10

¿QUÉ ES LA HOMEOPATÍA?

¿QUÉ ES LA HOMEOPATÍA?

Lo que acerca de ella debe saber el médico

por el

Dr. GILBERT CHARETTE

(DE NANTES)

Traducido por

J. PEIRÓ COMES

Médico homeópata



Dr. González Jaramillo

MANUEL MARÍN, EDITOR

Provenza, 273 - BARCELONA

1930



Reservados todos los derechos
Queda hecho el depósito que
marca la ley
Copyright, 1930 - Manuel Marín

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A. - IMPRENTA MODERNA - Paris, 134 y Villarroel, 166 - BARCELONA

052886

~~10077~~

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Algo tendrá el agua cuando la bendicen y algo tendrá también la Homeopatía cuando, a pesar de más de un siglo de incólume existencia, se habla de ella, se discute, se critica, se ridiculiza y aparecen cada año nuevas adhesiones de nuevos adeptos o conceptos laudatorios de eminencias médicas que despertaron tarde, pero al fin despertaron del pesado sueño de algunos años que les había privado de conocernos.

Cada vez que atruena el espacio el ronco sonido de una declaración favorable a la homeopatía, firmada por una eminencia mundial, se despiertan igualmente, con el ruido, los que por sordera idiopática o sintomática de la rutina, no habían tenido ni tiempo ni ocasión de salir de su letargo y ya en perfecta vigilia, nos obligan a los que tenemos un historial homeopático a contestar cartas, preguntas e interpelaciones sobre ¿Qué es la homeopatía?

Por esto, y a pesar de que con idéntico título existe catalogada una traducción francesa de la obra del inglés Holcombe, pero cuya fecha de edición (1874) la hace muy poco recomendable para

llevar el convencimiento a los intelectos modernizados, esperaba con gran interés la aparición de la obra del Dr. Charette, pues la gran ilustración médica de este autor, y el haberse publicado en forma de lecciones en una revista médica alopática de la importancia del «Journal des Praticiens», me hacían presumir y luego pude comprobar, que sus argumentaciones se basarían en las más modernas investigaciones científicas, con lo que se agranda mucho más su valor para dar una idea clara y convincente de la importancia de nuestra doctrina.

Charette, alópata pasado a nuestras huestes, está pertrechado de los conocimientos médicos de la antigua escuela, conociendo sus puntos flacos, y posesionado a la perfección de los fundamentos de la homeopatía, nos presenta en esta obra un verdadero parangón de ambas, haciendo resaltar las ventajas, las concomitancias y las diferencias que nos mantienen más o menos distanciados; con sereno juicio analiza, seriamente o burla burlando, las innumerables variaciones, que el criterio científico o la torturadora moda imponen al tratamiento alopático, acabando por hacer resaltar la fijeza y la unidad de la prescripción que ha imperado en la terapéutica homeopática desde su fundación hasta nuestros días.

Hace notar el autor, varias veces, que las obras que han de guiar teóricamente al principiante están todas agotadas, y de las que no se encuentran en este caso, me atreviría a afirmar que, por su antigüedad, tampoco servirían para llenar este:

vacío. El Órganon, base y catecismo de la homeopatía en aquellos días, que imperaba, según frase feliz del Dr. P. Mata, la anarquía médica, por presentar un cuerpo de doctrina único y completo, fué un verdadero acicate para la formación de buenos y entusiastas homeópatas. Al presente, es una admirable e insustituible obra para cuantos la práctica nos ha proporcionado ya un completo convencimiento de sus ventajas, pero ni el Órganon ni las obras filosóficas que de él se derivan podrán proporcionarnos un nuevo adepto si antes no ha podido observar un caso práctico.

Al objeto, pues, de que cuantos quieran, en pocas páginas y sin gran pérdida de tiempo, conocer algo de la doctrina hahnemanniana, sin chocar con los arcaicismos y alegorías trasnochadas de algunos autores antiguos, solicitamos del doctor Charette y del editor señor Marín el permiso y la publicación de esta obra.

J. PEIRÓ COMES

ATENCION!
ESTE LIBRO ESTA PROTEGIDO
EVITASE MOLESTIAS

PREFACIO

Por una selección de alópatas célebres

Hahnemann ha indicado, al principio del siglo XIX, los caminos que la ciencia moderna debería seguir.

(Prof. Gimeno, de Madrid)

No se hace justicia a los homeópatas ; si uno de ellos presentara su candidatura a una Sociedad Médica, yo votaría a favor suyo.

(Huchard, Médico del Hospital Necker, Miembro de la Academia de Medicina).

Los alópatas tienen mucho que aprender de los homeópatas.

(F. Helme, Redactor en Jefe de la Revista Moderna de Medicina y de Cirugía).

Es difícil disentir de su parecer.

(Prof. Pouchet, de la Facultad de Medicina de París, en una carta al doctor Sieffert, homeópata).

No nos burlemos más de los homeópatas : las vacunas y las tuberculinas obran según sus principios, pero reprochémosles que guarden para ellos lo que saben y el no hacer partícipe al mundo médico de sus conocimientos.

(Prof. Chantemesse, de la Academia de Medicina de París).

Nunca se ponderará lo suficiente la importancia de las fuerzas infinitamente pequeñas, físicas o químicas, sobre la vida de los seres.

(Prof. Richet, Miembro del Instituto y de la Academia de Medicina en su «Traité de Physiologie médico-chirurgicale», Tome I. p. 23).

DEDICATORIA

Hace diez años, una noche de invierno, en Villers-Chatel, en Artois, un joven médico-auxiliar me pidió que le explicara la ley fundamental de la Homeopatía. Como yo me asombrara de verle interesarse por una terapéutica tan desconocida y tan desacreditada. —«Es, me contestó, que soy de Lyon y que sé en cuánta estima son tenidos los homeópatas de esta villa por los otros médicos. He oído algunos de éstos, y no de los menos afortunados, sentir no conocer la homeopatía, así estoy resuelto a estudiarla después de la guerra».

Nos citamos para el día siguiente, pero aquel día, al ir en socorro de un herido, en terreno descubierto, mi heroico camarada fué muerto instantáneamente por una bala que le atravesó el cuello.

Es por lo que dedico este libro

A LA GLORIOSA MEMORIA

DE

PEDRO POUCHIN

MÉDICO-AUXILIAR DEL 158 DE INFAN-
TERÍA, MUERTO POR LA FRANCIA EL 12
ENERO 1915 EN CUMPLIMIENTO DEL
DEBER MÉDICO

Tabla de Capítulos

	<u>Págs.</u>
I. Definición mediante el ejemplo	17
II. La ley de semejanza	27
III. Las dosis homeopáticas	35
IV. El examen de las objeciones	47
V. Respuestas a varios colegas	59
VI. Últimas respuestas a los colegas.	73
VII. Homeopatía y alopática	89
VIII. Los adversarios de la homeopatía.	113
IX. Hahnemann y su obra	127
X. Os volveréis homeópatas	139

¿QUÉ ES LA HOMEOPATÍA? (1)

Lo que acerca de ella debe saber el médico

1. DEFINICIÓN MEDIANTE EL EJEMPLO

La Homeopatía os parece extraña porque es desconocida para vosotros.

J. P. Tessier, médico de los hospitales de París.

La homeopatía, que muchas veces han considerado muerta, ha debido resucitar una vez más, porque nunca se habían ocupado tanto de ella. Sabios como Hallion, de la Academia de Medicina de París (2), Bertrand y Dejust, del Instituto Pasteur (3), no desdeñan informarse seriamente respecto a ella; Sociedades Médicas (4) abren al fin sus puertas a los homeópatas y escuchan con interés sus comunicaciones; los periódicos mé-

(1) N. D. L. R. Hace cuatro años publicamos un artículo: *Les Mystères de l'Homeopathie (J. des Praticiens, 1920, p. 553)*. Varios lectores nos piden otros datos. Tiene la palabra el Dr. Gilbert Charette (de Nantes). Él practica el método. Nuestros colegas juzgarán.

(2) Hallion: *Sur certaines données justes de l'Homeopathie, Revue Pratique de Biologie appliquée* (Juillet 1923).

(3) Dejust: *Examen critique de l'Homeopathie*, préface du Pr. G. Bertrand (Vigot 1922).

(4) Naveau: *Les Etapes de l'Homeopathie*, communications a la Société de Médecine du Mans (3 juin 1910).

dicos (1) insertan sus artículos y formularios alopáticos (2) reservan en sus columnas, un lugar a la Homeopatía; lugar muy pequeño aún, es cierto, pero que no deja de marcar un progreso inmenso: el abandono de los prejuicios y el final de las hostilidades entre las dos Escuelas.

Puesto que la Homeopatía está a la orden del día, es justo y necesario que los numerosos lectores del «*Journal des Praticiens*» sean informados exactamente.

Uno de nosotros ha dicho: El médico tiene el derecho de ser parcial, no tiene el derecho de ser ignorante. Para disipar vuestra ignorancia respecto a la terapéutica hahnemanniana, escribo estas lecciones. Cuando las habréis leído, no os habréis convertido quizás en homeópatas, pero cuando menos sabréis lo que es la homeopatía y podréis hablar de ella más juiciosamente que vuestro farmacéutico, vuestro portero o el auvernés de la esquina, que tienen el derecho de ser ignorantes.

Óyese a veces al público, y hasta a los médicos, hablar de los misterios y de los secretos de la ho-

(1) Dardelin: *Gazette Médicale du Centre* (15 février 1923).

Panteau: *La Clinique Ophtalmologique* (avril 1916).

Bonnet-Lemaire: *La Presse Médicale* (21 septembre 1921).

Picard: *L'Hôpital* (septembre 1924).

Ravier: *Paris Médical*, (24 février 1924).

Naveau: *Anjou médical* (août 1911).

(2) *Formulaire Astier* (1921 et suivants).

Les remèdes galéniques, por el Pr. Joannin (1922).

meopatía. Pues bien, no hay en esta doctrina ni secretos ni misterios; al contrario, todo en ella es tan claro, tan sencillo y se deduce tan lógicamente de la ley de semejanza, que el jefe indiscutible de la escuela homeopática contemporánea, el doctor Pedro Jousset (antiguo interno, medalla de oro de los hospitales de París), había propuesto reemplazar este nombre pesado y pedante de Homeopatía por el más elegante y más francés de «Terapéutica positiva».

Mejor que largos discursos, os harán comprender dos ejemplos lo que es la homeopatía y en lo que difiere de la terapéutica llamada «oficial», porque es la única enseñada en las Facultades francesas (1).

M. D..., de 63 años de edad, viene a consultarme porque sufre, desde hace un mes, aproximadamente, de cefalalgia, de trastornos visuales, de vértigos y de zumbidos de oídos. El dolor de cabeza es tan violento que no puede soportar el estar cubierto. Su actitud es singular: anda a pasitos, con el sombrero en la mano, la cabeza recta y fija, porque la más ligera sacudida, el

(1) Ejercen en los Estados Unidos más de 15,000 homeópatas. Nueva York, Chicago, Filadelfia poseen un colegio médico de Homeopatía. En Boston, existe un colegio mixto homeopático y alopático. En la Universidad de California hay una enseñanza facultativa de homeopatía. La Universidad de Michigan tiene como decano de la Facultad de Medicina al Prof. Dewey, que enseña la materia médica homeopática.

Lo mismo ocurre en Brasil y en Méjico en que la homeopatía se enseña oficialmente.

menor paso en falso, agravan sus dolores de un modo intolerable. Experimenta también, dice, la sensación singular de que su cabeza se ensancha y llena y que sus ojos, demasiado grandes, van a salir de la órbita.

A la inspección, el rostro está fuertemente congestionado, el latido de las temporales es muy visible. No hay exoftalmía, pero la palpación digital y el tonómetro revelan una hipertensión ligera del globo ocular; los vasos de la conjuntiva están dilatados. La impulsión cardíaca es fuerte; el pulso a 118, la tensión un poco disminuída. La auscultación no revela nada en el corazón ni en los pulmones, el examen minucioso de los demás órganos, el análisis de las orinas, la investigación de los antecedentes personales y hereditarios no proporcionan ningún dato.

En suma, mi enfermo presenta un grado marcado de eretismo cardiovascular con dilatación de los vasos e hiperemia cerebral, cuya causa es muy difícil de precisar.

El primer médico consultado ha prescrito purgantes, baños de pies sinapizados y sanguijuelas detrás de las orejas; el segundo (evidentemente discípulo de Lancereaux), duchas frías y sulfato de quinina; un tercero, más moderno, ha comenzado por administrar la inevitable adrenalina, haciéndola seguir con un hermoso eclecticismo, de la atropina y de la eserina. Cada vez, mi cliente ha experimentado una ligera mejoría, pero muy pasajera, y no me oculta que teme mucho que yo no pueda hacer más.

Vamos a verlo. La terapéutica es la ciencia de las indicaciones. Adivino las que han guiado a mis colegas y como el resultado no ha sido maravilloso, tengo el perfecto derecho, lo supongo, de buscar otras en la ley de Semejanza, base y fundamento de la homeopatía. En lugar de abandonarme a los caprichos de mi fantasía o de seguir la moda terapéutica de la estación.

La expresión más sencilla de la ley de Semejanza ha sido dada por Hahnemann, en el párrafo 50 de su «*Organon: Las enfermedades curan por los remedios que producen síntomas semejantes a los suyos*».

Ahora bien, no os habrá dejado de llamar la atención, como a mí, la analogía, la semejanza que existe entre los síntomas presentados por mi enfermo y los que determina la trinitrina administrada a dosis demasiado fuertes o a las dosis habituales en individuos particularmente sensibles. No tenía, pues, que vacilar. Habiéndome declarado mi cliente que no tenía confianza alguna en los granulitos que a veces doy (y que simbolizan, para él, toda la homeopatía) prescribo tranquilamente, porque la forma farmacéutica importa poco:

Glonóina (1) 6. ^a dilución	xxx gotas
Agua destilada	300 gramos

Tomar una cucharada de esta poción un cuarto de hora antes de las comidas, tres veces al día;

(1) Glonóina es el nombre que los homeópatas han dado a la nitroglicerina que vosotros llamáis trinitrina.

cesar si se produce mejoría y tomar de nuevo si reaparecen las perturbaciones.

Y he aquí el resultado: desde el final del segundo día, todos los síntomas habían desaparecido; mi enfermo cesó toda medicación durante seis días, pero tomó de nuevo tres cucharadas el séptimo, habiendo experimentado aquel día cefalea y vértigos ligeros.

Desde hace más de un año, se mantiene la curación y creo que puede tenerse por definitiva.

He aquí lo que es la homeopatía: LA APLICACIÓN DE LA LEY DE SEMEJANZA, y nada más que esto.

El empleo de las dosis pequeñas deriva de ello naturalmente, porque es bien evidente que si yo hubiera prescrito la trinitrina a las dosis terapéuticas usuales, no hubiera dejado de aumentar, ante todo, todos los trastornos de mi consultante.

Preveo las objeciones que vais a hacerme, muy justamente, pero, si lo permitís, las examinaremos después de la observación que voy a citaros también y a la cual se aplicarán igualmente.

Movilizado durante la guerra, lejos de mi domicilio, fuí solicitado un día por el doctor L..., que ignoraba absolutamente que yo practicara la homeopatía, para ver con él uno de sus enfermos de la población civil, afecto, desde hacía tres semanas, de una ciática derecha muy dolorosa y que no podía calmar ningún remedio. Mi colega, práctico muy concienzudo, había buscado cuidadosamente la causa de esta neuralgia sin

hallar nada : ni infección, ni intoxicación, ni diátesis ; el análisis de las orinas había sido negativo y no existía tampoco el recurso de poder invocar el clásico y vulgar enfriamiento. En ausencia de toda indicación etiológica, el doctor L... había recurrido primero a toda la gama de los analgésicos y prescrito sucesivamente ; la acetanilida, la exalgina, el piramidón, etc..., sin resultado alguno.

Pasando entonces a los revulsivos, había aplicado sobre el trayecto del ciático una larga y estrecha tira de emplastro vesicante seguido algunos días después, por una pulverización de cloruro de metilo. No se había manifestado mejoría alguna y el enfermo sufría todavía más cuando le ví. Para que la investigación etiológica fuera completa, rogué a mi colega que explorara la próstata de este hombre de 55 años. La halló perfectamente normal. No estaba yo mucho más adelantado que él y no me hubiera quedado más que proponer la inyección de morfina, *última ratio medicorum*, si la benéfica homeopatía no me hubiera ofrecido otro recurso.

Con gran asombro del excelente doctor L..., dirigí a su enfermo toda una serie de preguntas de las que apareció claramente que el dolor que experimentaba era un dolor *ardiente*, mejorado por las *aplicaciones calientes*, y que presentaba regularmente una *exacerbación hacia la una de la madrugada*.

Cuando, según el rito antiguo y siempre algo solemne, hubimos entrado en una habitación ve-

cina para discutir el caso en ausencia de la familia, dije a mi colega :

—Para procurar curar nuestro enfermo, habéis desplegado un celo laudable, inútil y peligroso, puesto que no habéis conseguido más que intoxicarle con vuestras drogas y torturarlo sabiamente con vuestros revulsivos. Es por lo que os propongo ensayar otro método, la homeopatía, que conozco y practico habitualmente.

—Como no envenenaréis a mi cliente, me contestó el doctor L. sonriendo, no tengo objeción que hacer y si le curáis, estoy pronto a afiliarme a vuestra escuela y volverme homeópata.

Nuestro enfermo tomó pues, cada tres horas, bajo el nombre de «gránulos analgésicos» el remedio que me indicaba la ley de semejanza : *arsenicum* a la tercera dilución que, a dosis fuertes o tóxicas, produce, además de los fenómenos gastrointestinales que todos conocéis, dolores ardientes que el calor mejora y que se exageran pasada la media noche. La primera noche que siguió a la toma del remedio, el dolor fué tan fuerte que hizo gritar al enfermo, pero después de esta crisis comenzó a decrecer ; y, la noche del tercer día, no quedaba más que una ligera sensibilidad a lo largo del nervio ciático.

No dejaréis de objetarme, en seguida, que nada prueba que la curación fuera debida a *arsenicum*, que una ciática acaba por curar ordinariamente y que yo había tenido, sencillamente, la suerte de intervenir en el momento oportuno. Pero esperad el final. Seis meses después, hallán-

dome muy lejos de su ciudad, recibí una carta del doctor L..., que me anunciaba que su enfermo había sido atacado nuevamente de ciática y que el arsénico, dado como la primera vez, no había producido ningún efecto. Añadía que se trataba también de dolores ardientes, pero que el calor no los disminuía y que eran más fuertes hacia las diez de la mañana; además, había aparecido un nuevo síntoma: el *temblor* del miembro enfermo.

El gran remedio «tembloroso» de nuestra materia médica es el *gelsemium sempervirens*, y como produce dolores ardientes agravados hacia las diez de la mañana, no vacilé en enviar a mi colega gránulos de la tercera dilución de *Gelsemium*. La curación era completa la noche del segundo día.

En este caso, como en el precedente, yo no habría necesitado, para curar *cito, tuto y jucunde*, más que permanecer fiel a la ley de Semejanza.

Heos ya convencidos, ahora, que practicando la homeopatía no se hace nada misterioso ni fantástico. Me queda que demostraros que la ley de Semejanza es una gran ley de Terapéutica general y que el empleo de las dosis infinitesimales no podría, en nuestra época, hallar objeción seria. A continuación, rechazaré las críticas que se han dirigido en todos tiempos a los homeópatas, y esta será la parte divertida de este estudio. Finalmente, entretanto, no dejaré de enseñaros el arte y la manera de hacer vosotros

mismos, desde ahora, algunas curas fáciles en vuestra clientela.

Estas experiencias personales servirán mejor para convencerlos de la eficacia de nuestra Terapéutica, que los argumentos místico-filosóficos empleados aún en nuestros días, con predilección, por ciertos homeópatas.

II. LA LEY DE SEMEJANZA

«Ley de semejanza, vieja como la medicina, que Pasteur ha aplicado y sancionado victoriosamente por sus descubrimientos inmortales.»

(Huchard. *Las enfermedades del corazón y su tratamiento*, p. 218.)

La ley de Semejanza es, como os he dicho, la base y el fundamento de toda la homeopatía; importa, pues, examinar, desde ahora, su valor.

La ley de Semejanza no ha salido de golpe, por inspiración súbita e iluminación divina, del cerebro de Hahnemann. Es una ley natural que existía y curaba mucho antes que él. En todas las épocas de la medicina, claros espíritus la han sentido, sospechado, entrevisto más o menos *claramente, pero ha sido sólo Hahnemann*, quien ha sabido generalizarla y desarrollar todas sus consecuencias terapéuticas en el método que ha llamado: «Homeopático», de las dos palabras griegas *ὁμοίως* que quiere decir semejantes, *πάθος*, afección.

He aquí, ante todo, el acta de nacimiento de la homeopatía, tal como la hallamos en Hipócrates en el capítulo *De los lugares en el hombre* (1): «La enfermedad es producida por los

(1) *Hipócrates*, obras completas. Traducción Littré. Tomo VI, p. 335.

semejantes y por los semejantes que se hacen tomar, el paciente vuelve de la enfermedad a la salud..., la fiebre es suprimida por lo que la produce, y producida por lo que la suprime.»

Paracelso enseña (1): «los nombres de las enfermedades no sirven para la indicación de los remedios, es el semejante que debe compararse con su semejante... y esta comparación sirve para descubrir los arcanos para curar».

Stahl (2): «la regla admitida en medicina de tratar las enfermedades por los remedios contrarios u opuestos es completamente falsa y absurda. Estoy persuadido, al contrario, que las enfermedades ceden a los agentes que producen una afección semejante».

Hufeland (3) «la mayor parte de las enfermedades nerviosas no pueden ser tratadas eficazmente más que por el empleo de las substancias que producen en el hombre sano sufrimientos parecidos.»

Barthez (4) «el abuso de los antiescorbúticos produce los síntomas del escorbuto en individuos que antes no parecían estar predispuestos a él.»

Barbier (5) «podrá parecer asombroso que en las afecciones espasmódicas, los remedios más eficaces sean todos substancias que tienen la facultad de ocasionar accidentes espasmódicos, cuando se las toma a dosis altas.»

(1) *Paragranum*, p. 36.

(2) En. Hummel. comment. De Arthritide tam tartárea quam scorbutica, seu podagra et scorbuto (Budinga, 1738, in-8.º, p. 40).

(3) En *Journal*, II, c. 266

(4, 5) Citado por Chargé. *L'Homeopathie*, p. 49.

1890 Trousseau (1) «*la analogía, este guía tan seguro en terapéutica, conduce a emplear la belladona en el tratamiento de la locura, precisamente porque la belladona produce una locura pasajera.*»

Finalmente Huchard (2) comprueba que la *terapéutica de las enfermedades internas, obedece muy a menudo a la ley de Semejanza.*

Esto es evidente si reflexionáis en lo que hacéis diariamente, porque es aplicando la ley de Semejanza como curáis :

- el vértigo de Menière por la quinina ;
- los zumbidos de oídos por el salicilato ;
- la disentería por los calomelanos ;
- la urticaria por la antipirina ;
- la sudamina por los sudoríficos ;
- la sialorrea por la pilocarpina ;
- ciertas metrorragias por la quinina ;
- la nefritis aguda por la cantárida ;
- la asistolia por la digital, etc.

Como podríais dudar de ello respecto a estas tres últimas afecciones, permitidme que cite vuestros autores.

En la *Revue therapeutique* (3), periódico del profesor Gubler, ha podido leerse esto : «Contra ciertas clases de metrorragias, la utilidad del sulfato de quinina es incontestable», y son citadas observaciones que lo prueban... Ahora bien, poco tiempo después Delthil daba, en el mismo periódico, la explicación de estas curaciones : «Las mu-

(1) Trousseau et Pidoux. Tomo II, p. 69, 1.^a edición.

(2) Les Maladies du Cœur et leur traitement (p. 220).

(3) 1886, p. 641 (citado por Sieffert, p. 226).

jeros que introducen los alcaloides quínicos en frascos y que, de este modo, respiran los polvos tan divididos de estas sales, se hacen metrorrágicas y pierden la aptitud para llevar los embarazos a término.»

Lancereaux (1), escribe: «La cantaridina que a cierta dosis tiene la propiedad de destruir los epitelios renales, puede a una dosis menos elevada modificar este elemento de un modo ventajoso», y el célebre profesor cita treinta y seis casos de nefritis aguda curados con algunas gotas de tintura de cantárida. Me objetaréis, sin duda, que el ejemplo de Lancereaux no ha sido muy seguido. Os contestaré que esto ha sido porque las dosis que empleaba eran demasiado elevadas; pero emplead nuestras pequeñas dosis y obtendréis las mismas curaciones sin tener que deplorar agravaciones.

Dejust ha negado la homeopaticidad de la digital en la asistolia. Me permitirá que prefiera a su opinión la de Huchard, que estudiando la intoxicación digitálica ha visto que «por parte del aparato circulatorio se observan accidentes absolutamente contrarios a los de los efectos terapéuticos; es decir, una aceleración con irregularidad de los latidos cardíacos y el descenso de la tensión arterial. Es así que *la digital que cura la asistolia es capaz de crear una especie de asistolia tóxica*». Lauder-Brunton en su «acción de los medicamentos» hace la misma observación, que es

(1) *Tribune Médicale* (17 avril 1909).

reforzada, además, por una experiencia de Hutchinson sobre sí mismo.

La ley de semejanza encuentra también su aplicación en las enfermedades externas.

Los rayos X producen, en el hombre sano, las lesiones que curan en el enfermo. Un martirologio sobrado largo lo prueba excesivamente.

Nussbaum (de Munich) (1), observa: «El azufre obra a veces de un modo maravilloso en el eczema, y no obstante hay sujetos en los que la aplicación del azufre produce el eczema.»

En la *Presse Médicale* de 21 septiembre 1921, habéis podido leer, firmado por un alópata, respecto a los eritemas consecutivos a las inyecciones de Salvarsán: «Es curioso observar que el arsénico puede dar nacimiento a lesiones cutáneas del mismo tipo que las que son combatidas con éxito por este medicamento, conforme al adagio homeopático: *similia similibus*.»

Podría alargar aún esta lista, pero voy a hacer más, voy a demostraros, apoyándome siempre en los testimonios de médicos de vuestra escuela, que los descubrimientos más preciosos de la ciencia médica contemporánea no son más que aplicaciones y justificaciones de la ley de semejanza; es decir, de la Homeopatía.

La *vacunación Jenneriana*, dice Dejust, del Instituto Pasteur, «debe ser considerada como el

(1) Ueber das schllfelhaltige Ichthyol (therapeutische Monatshefte, 1888, p. 175).

ejemplo más perfecto de aplicación del principio de Semejanza» (1).

Y también la curación de un estado anafiláctico se obtiene de conformidad al principio de Semejanza...

Lo mismo sucede, añade este autor, con las curaciones *opoterápicas*. Es lo que han comprobado antes que él Leopold Levy y Rothschild, que han escrito: «*La tiroidina, según las dosis, es capaz de producir lo que es capaz de hacer desaparecer*» (2). ¿No se creería oír a Hipócrates o a Hahnemann?

Finalmente, ¿los descubrimientos de Pasteur no son aplicaciones de la ley de Semejanza? Escuchad a Behring, al que concederéis cierta competencia en bacteriología: «¿Cómo se obtiene la inmunidad antiepidémica de los carneros vacunados contra el ántrax, sino por la influencia que ejerce previamente un virus semejante mortal del ántrax, y qué término más apropiado podríamos emplear para hablar de esta influencia de un virus semejante, sino es la expresión de Hahnemann: Homeopatía? (3)»

¡Sabéis ahora que estos excéntricos, estos iluminados, estos revolucionarios homeópatas (porque nos han soltado todas estas amabilidades) son, en realidad, los hombres más tradicionalistas, puesto que por la raza de los más grandes

(1) Dejust. *Examen critique de l'homeopathie* (págs. 28 y 29).

(2) *Société Médicale des Hôpitaux* (5 juillet 1906).

(3) *Beitrag sur Experimentellen Therapie* (Fas. II, Berlín 1906).

nombres de todos los tiempos se relacionan directamente con Hipócrates, el padre de la medicina !

¡ Y comprendéis también por qué vuestras burlas lejos de irritarnos, nos divierten mucho, viniendo de vosotros, que no obtenéis vuestras curaciones más brillantes y ~~seguras~~ más que aplicando la ley de Semejanza ; es decir, *haciendo Homeopatía!*

Entonces, vais a decir, ¿ pretendéis que no podemos curar sin permanecer fieles a vuestra famosa ley ? De ningún modo, y no me atrevería seguramente a aceptar esta afirmación categórica de uno de nuestros autores : « Se ha podido curar sin conocer la ley de semejanza, no se ha podido curar nunca sin aplicarla. » No exageremos. Estamos aquí en el dominio de la biología ; es decir, en el mundo vivo, y por consecuencia infinitamente variable, cambiante y distinto ; las leyes biológicas no tienen y no pueden tener tampoco la universalidad de las leyes del mundo físico. Pero no deja de ser cierto que *Similia similibus* es la más general de las leyes terapéuticas y la que os indicará con mayor frecuencia y más seguramente el remedio curativo.

Es lo suficiente para que tengamos el deber, yo de recordároslo con insistencia, y vosotros de no olvidarla... ¡ sobre todo cuando os veáis tentados a burlaros de los homeópatas !

✓ Me falta deciros cómo Hahnemann, después de Hipócrates y Paracelso, descubrió a su vez la ley de Semejanza, y fundó sobre ella una terapéutica verdaderamente experimental.

En 1790, Hahnemann traducía la *Materia médica* de Cullen. Llegado al capítulo de la «Quina», observó cuán confusas y a menudo hasta contradictorias eran las explicaciones que se daban de su acción.

Para formarse una convicción personal, tuvo la idea de tomar, estando entonces en perfecta salud, fuertes dosis de quina, y se sorprendió no poco al ver desarrollársele una fiebre que presentaba el fenómeno de la intermitencia. Empezó de nuevo la experiencia en sus parientes; el resultado fué el mismo. Un espíritu ordinario se hubiera quizás contentado con esto. Hahnemann dió un paso más y experimentó de igual modo, es decir, en sujetos sanos, la belladona, la coca de Levante, la digital y otras ciento una substancias. Siempre la respuesta fué idéntica: los medicamentos administrados a dosis fuertes en el hombre sano producían síntomas semejantes a los que hacía desaparecer en el enfermo. Una relación constante y natural entre el medicamento y la enfermedad estaba descubierto. Una ley verdaderamente positiva estaba establecida. Hahnemann se consagró completamente a su obra muy lejos de prever las adversidades y las persecuciones de todas clases que iba a sufrir antes del triunfo definitivo.

III. LAS DOSIS HOMEOPATICAS

(*Corporibus cœcis igitur natura gerit res*).
(Lucrecio, lib. I, v. 22).

Os he dicho, en la lección precedente, que toda la Homeopatía se encierra en la ley de Semejanza, pero temo, no obstante, que compartáis aún el prejuicio del público, para quien el homeópata es, ante todo, un médico empeñado en prescribir constante y sistemáticamente los medicamentos a dosis infinitesimales. Pues bien, nada más falso. Abro al azar uno de nuestros formularios y tropiezo con el tratamiento de la endocarditis aguda simple. He aquí los principales remedios que la ley de Semejanza indica con mayor frecuencia y la dosis que el autor recomienda :

Aconitum XX a XXX gotas de T. M. (tintura madre).

Cactus grandiflorus, II a V gotas de T. M.

Colchicum, T. M.

Spigelia, T. M. a la 1.^a trituración decimal.

Arsenicum, 3.^a trituración decimal.

Lachesis, 6.^a dilución centesimal.

Así un solo remedio entre seis se da a dosis verdaderamente infinitesimales, lachesis, veneno del trigonocephalus lachesis, serpiente del Brasil.

E iguales comprobaciones hago respecto al tra-

tamiento de la pericarditis, de la hemoptisis, de la gota, del reumatismo, etc...., a saber en estas afecciones, las tinturas madres y las primeras trituraciones decimales; es decir, dosis ponderables, son prescritas más a menudo que las dosis infinitesimales. Luego estas últimas son absolutamente independientes del principio de la Homeopatía.

Por otra parte, Hahnemann no sospechaba absolutamente, al principio de sus experiencias, la necesidad de las dosis muy pequeñas. Oponiendo, según la ley de Semejanza, a un conjunto de síntomas morbosos, el remedio que producía un conjunto de síntomas semejantes, observaba necesariamente, antes de la fase de curación, una primera fase de agravación, a veces muy peligrosa, y sabed que él mismo pagó con vivos dolores el fruto de sus primeras experiencias. Tuvo entonces, naturalmente, la idea de disminuir las dosis, si bien con el temor de ver desaparecer la fase curativa al mismo tiempo que la fase de agravación. Pero, con gran asombro, Hahnemann, notó que cuanto más disminuía la masa del medicamento, menos fuerte era la agravación y más rápida la curación, cuando el medicamento estaba bien elegido. Así descubrió una segunda ley terapéutica que mi malogrado amigo Julio Gallavardin, de Lyon, ha resumido así:

Todo agente físico o químico, provoca en el organismo sano o enfermo, según la cantidad mayor o menor del agente, dos grupos de síntomas opuestos: efectos activos y efectos reaccionales.

Es esta la ley que ha sido admitida en Fisiología general bajo el nombre de *ley de la acción y de la reacción* por Claudio Bernard, Marey, François-Franck, etc...., y que Huchard os ha repetido tan a menudo, en este mismo periódico, en estos términos: *Es preciso saber y admitir que todo medicamento posee dos acciones, la acción primitiva y la acción secundaria, ésta opuesta a la primera.* No olvidemos, para obrar en justicia, que fué Hahnemann quien primero lo dijo.

Para disminuir la masa de sus medicamentos y atenuar así su acción primitiva o efecto activo, recurrió Hahnemann a los sencillísimos procedimientos siguientes: Para las sustancias insolubles, mezcló íntimamente por trituración prolongada, una parte en peso de la substancia con nueve (1) partes de polvo inerte y obtuvo así la primera trituración decimal; una parte de esta primera trituración mezclada y triturada de igual modo con otras nueve partes de polvo le daba la segunda trituración decimal, etc....

Después de una atenuación a la millonésima, Hahnemann consideró que toda substancia podía ser tratada como si fuera soluble por el procedimiento de las diluciones. He aquí en qué con-

(1) La escala del 1 por 9, que los homeópatas denominamos *decimal*, fué ideada por el doctor C. Hering y difundida por el doctor Vehsemeyer, de Berlín, por lo que también se llama *escala alemana*. La preconizada por Hahnemann es la *centesimal* o sea la del 1 por 99.

La equivalencia de la una con la otra puede verse en la llamada *Farmacopea Políglota* editada por el doctor W. Schwabe de Leipzig. — *N. del T.*

siste: 1 gota de tintura madre, por ejemplo, mezclada íntimamente por numerosas sacudidas con 9 gotas de agua (1), da la primera dilución decimal, 1 gota de esta primera dilución, mezclada del mismo modo con otras 9 gotas de agua, da la segunda, etc. Cuando la relación es de 1 gota de solución para 99 gotas de solución + 1, se obtienen las diluciones centesimales. Hahnemann preparaba de este modo una escala que llegaba hasta la 30.^a

¡ Pero, vais a decirme, desde hace mucho tiempo que no había más que agua en sus frascos! Es la objeción que se hacía a los primeros homeópatas: «¿Cómo podréis curar, se les decía si no dáis a vuestros enfermos más que agua pura?» Seguros de los resultados que obtenían, éstos no se sentían molestados. Hubieran podido contestar: «Decís que la imperfección de nuestros instrumentos no nos permite descubrir la menor partícula de substancia medicamentosa en nuestras diluciones, al igual que el microscopio no os deja ver el agente de la vacuna en una gota de virus, pero nuestras curaciones sirven para demostrarnos la presencia cierta del medicamento en lo que os place llamar nuestros frascos de agua pura, de

(1) A pesar de que el texto francés dice *9 gotas de agua*, no puede menos que ser un lapsus del autor, ya que es de todos conocida la preparación de las potencias por el vehículo alcohol, utilizando solamente el agua destilada para la dilución de paso, de la trituración a la inmediata líquida continuando luego con alcohol, y, según algunos autores, para las primeras dinamizaciones de ciertos ácidos al objeto de que éstos no pasen a éteres. — N. del T.

igual modo como la pústula vacuna os prueba la presencia de un miasma invisible en la punta de vuestra lanceta...»

¡Dónde iríamos a parar, aun hoy día, si era preciso negar la existencia de todos los agentes físicos, químicos y biológicos que no llegan directamente a nuestros sentidos y que no conocemos más que por sus efectos !

El descubrimiento del espectroscopio, por Kirchoff y Bunsen, permitió a Ozanam mostrar, en 1862, de un modo irrefutable, la presencia de la substancia en nuestras nueve diluciones centesimales. ¡Esto causó una viva emoción en el clan de los adversarios encarnizados de la reforma de Hahnemann, pero existía la experiencia, irrefutable, fácil de reproducir, y se reconoció a los homeópatas el derecho de emplear los remedios hasta las novenas diluciones, pero no más allá ! Ha pasado el tiempo y los instrumentos se han perfeccionado después de tal modo, que un sabio, cuyo nombre conocéis : Lancien, director del Laboratorio Biofísico de París, ha demostrado, en 1914, con un espectrógrafo inventado por él, la presencia del cobre en una centésima dilución centesimal. Luego se impone una conclusión : bebiendo nuestras diluciones, aun muy elevadas, los enfermos absorben algo más que agua clara.

Y ahora preveo vuestra segunda objeción : «Bien, hay algo en vuestras diluciones, hasta en la centesimal, pero ese algo es tan mínimo, tan infinitesimal, que evidentemente no puede obrar». Yo podría contestaros con las innumera-

bles curaciones obtenidas desde hace un siglo, con dosis infinitesimales, por los homeópatas de ambos mundos, pero como las atribuiríais al esfuerzo de la Naturaleza, a la sugestión o al choque emotivo, tan caro a M. Ch. Fiessinger, abandono este argumento no obstante formidable.

Pero me permitiréis, a lo menos, mostrar los efectos *no curativos* de nuestros medicamentos. Todos los homeópatas han observado hechos análogos al que voy a citar, mucha razón tenía Hufeland para decir: «Hay un reactivo más sutil que todos los productos químicos, es el reactivo del cuerpo humano vivo.» (1).

El árnica tomada a alta dosis, ha producido en nuestros experimentadores, aparte de otros muchos síntomas, cefalalgias, dolores en la nuca y una erupción de forúnculos. Pues bien, actualmente, asisto a un Teniente de Navío que presenta una sensibilidad muy notable al árnica: una 30ª dilución centesimal (¡ la unidad precedida de 60 ceros!) ha producido en él estos mismos síntomas: cefalalgia, dolores en la nuca y erupción forunculosa. No os apresuréis a atribuirlo a la coincidencia, porque los mismos fenómenos han sido observados, con la misma dosis de árnica en este mismo enfermo, por mi eminente colega, el doctor Dubois (de Saujón) que le trataba hace unos años.

De una carta que me escribía recientemente mi cliente, extraigo: «No he tenido un solo forúnculo en mi vida fuera de las épocas en que

(1) *Klinische Medicische Schriften* (T. III), p. 472.

tomaba árnica, y ocho días después de la supresión de este remedio, los forúnculos en vías de formación abortaban y se secaban. Esta experiencia, hecha muchas veces, es tan demostrativa que me ha afiliado completamente a la homeopatía.»

E. Duprat ha citado en 1907 (1), hechos de agravación con diluciones elevadas de Brionia y de Sulfur.

Mendel ha publicado el caso de una de sus enfermas que, ignorando lo que tomaba — lo que excluye toda posibilidad de autosugestión — presentó fenómenos de intolerancia iódica después de haber tomado, durante tres días, tres cienmilésimas de miligramo de yoduro de potasio.

Antes de asombraros de estos hechos, apelad a vuestros recuerdos. Todos conocéis aquel farmacéutico de Tours, Ducoudray, célebre desde Trousseau, que no podía estar en su farmacia cuando destapaban un frasco de ipeca sin ser presa de un acceso de asma. Se han publicado muchos casos idénticos y también el de otro farmacéutico que no podía preparar papeles de ruibarbo sin experimentar al día siguiente los efectos de una verdadera purga.

¿Las cantidades de ipeca y de ruibarbo que han obrado no eran también infinitesimales...?

Os han enseñado, en P. C. N., que Bouchard había demostrado, en 1843, en la Academia de Ciencias, que un miligramo de ioduro de mer-

(1) En *Propagateur de l'Homeopathie*, 1907, p. 159.

curio, disuelto en 20 litros de agua, bastó para matar en algunos segundos los pescados introducidos en esta solución.

Richet ha demostrado, en 1905, que el formol obra sobre la marcha de la fermentación láctica a la dosis inverosímil de una diezmilésima de miligramo para mil litros: «Por sorprendente que parezca este hecho a primera vista, dice el célebre fisiólogo, en realidad, debemos afirmar, después de reflexionarlo, *que esta acción de las dosis débiles es general.*»

Más recientemente Gabriel Bertrand, ha probado que el crecimiento del *aspergillus niger* era influido beneficiosamente por la presencia de un miligramo de manganeso en 10,000 litros de medio de cultivo. Ahora bien, observa Dejust («la sensibilidad celular crece ordinariamente con la diferenciación. Hay que suponer pues, a título de simple hipótesis, pero verosímil, que ciertas células de los animales superiores son más sensibles que las de los hongos inferiores»).

Reflexionad, ahora, en lo que veis hacer en derredor vuestro y en lo que hacéis vosotros mismos:

Sabéis con qué dosis ultrainfinitesimales se producen los *fenómenos anafilácticos*, y que las partículas mínimas ocasionan los accidentes más graves (1).

(1) En el orden biológico puede añadirse lo que señala A. Lumière: «Por eso, ciertos sujetos sensibilizados, se ven súbitamente afectados de accesos de asma cuando penetran en un local en el que se encuentran ciertas plantas

No ignoráis que la acción de los *coloides* no está en modo alguno en relación con la cantidad de substancia coloidal y que en el estado de división extrema, importa solo, la pequeñez de los gránulos.

Conocéis el curioso fenómeno de d'Hérelle : su *microbio filtrante bacteriófago* produce la lisis de un cultivo de bacilos disentéricos aun después de 935 traspasos ; ahora bien, cada traspaso se hace con vestigios de la disolución precedente.

Habéis oído hablar de los extraordinarios resultados terapéuticos obtenidos por Wright con sus *opsoninas* : ha comprobado la mejoría dando 1/500 de miligramo ; más mejoría con 1/800 ; una mejoría más marcada con 1/1,000^a.

Finalmente, Denys (de Lovaina) ¿ no ha demostrado que una diezmillonésima de miligramo de substancia activa de su *tuberculina* T. O. desarrolla en los tuberculosos, efectos innegables ?

No invoquéis, pues, su infinitesimalidad para negar toda acción a nuestros remedios.

Empleais diariamente los *sueros*. Puesto que se admite que obran no por propiedades biológicas, sino por una acción física, dinámica, debida a la infinitesimalidad de sus substancia ac-

o ciertos animales ; la presencia de gatos, de bovinos, de determinadas flores es suficiente para provocar la crisis.

En ciertos casos, la crisis anafiláctica puede sobrevenir a causa de influencias extraordinariamente ínfimas, por el orden de las dosis homeopáticas.»

A. Lumière. Los infinitamente pequeños en medicina y biología. — N. del T.

tiva, no se vé *a priori* ¿por qué nuestras diluciones no obrarían también, del mismo modo, por dinamismo, por acción de presencia?

En verdad, desde el punto de vista terapéutico, nuestro siglo podría llamarse EL SIGLO DE LA INFINITESIMALIDAD y me parece muy mal escogido el momento para rehusar toda posibilidad de acción a nuestras dosis, a menos que no pretendáis que por una propiedad singular, activas en vuestras manos se muestran inactivas en cuanto las emplea un homeópata.

Pero voy a ofreceros algo mejor que razonamientos por analogía para probaros la acción de nuestro remedio, voy a ponerlos en condiciones de comprobarla con vuestros ojos o, más exactamente, con un solo ojo.

La cefalea por trabajo excesivo, caracterizada por un dolor obtuso, localizado principalmente en la región frontal, y por una ineptitud cerebral casi completa, se acompaña siempre de un aumento de calibre de los vasos venosos del fondo del ojo y de una disminución del diámetro de los vasos arteriales.

Pues bien, bajo las indicaciones de Claude, Parenteau, ha comprobado que la administración de la Pulsatila, de la 3.^a a la 30.^a (¡ otra vez la unidad precedida de 60 ceros!) produce siempre la mejoría del trastorno circulatorio retiniano, y he tenido ocasión de hacer personalmente ocho veces la misma comprobación, en 5 mujeres y 3 hombres. Todos los que saben mirar el fondo del ojo con el oftalmoscopio (lo que es mucho

más fácil que auscultar un corazón) podrán controlar mis asertos.

Después de las pruebas clínicas, he aquí las pruebas de laboratorio: por experiencias sometidas a la más severa comprobación científica, Boyd (de Glasgow) ha demostrado, por medio de su hemanómetro, *que un medicamento a dosis infinitesimal tenía una acción real, y que, para cada medicamento, la acción era específica* (1).

El índice opsónico ha demostrado de un modo evidente la acción de nuestros remedios homeopáticos, en las manos de Weeler, del «London Homeopathic hospital», de Burrett, de la Universidad de Michigan, y de Watters, de Boston. Este último buscó el índice opsónico colibacilar de un enfermo con el medicamento homeopático que mejor correspondía a los síntomas y lo dió a la 30ª dilución (siempre la unidad precedida de 60 ceros). El poder opsónico se elevó y el enfermo salió curado del hospital... Pero entiéndase que no aludo a nuestras curaciones; retened únicamente esta experiencia, como del efecto de la pulsatila sobre los vasos retinianos, la prueba irrecusable de la acción de nuestras dosis infinitesimales, que es lo que hoy quería demostraros únicamente.

Podría probaros, también, que las dosis infinitesimales como la ley de Semejanza, no son debidas a la imaginación de un homeópata delirante. Numerosos alópatas, y no de los menos im-

(1) Véase el interesante artículo del Dr. P. Ferreyrolles (de la Bourboule) en el *Bulletin médical*, 1925, n.º 27, página 762.

portantes, han presentido o afirmado la necesidad de su empleo antes y después de Hahnemann, tales como Boerhaave, Stahl, Cullen, Trousseau, Peter, etc... En la época contemporánea, no tendría más dificultad que la elección, pero para terminar esta lección no os citaré más que dos :

Alberto Robin : «El medicamento obra por dinamismo y no por su masa».

Gustavo Le Bon : «Para que esta acción se realice, precisan dosis débiles, infinitesimales, tan reducidas que tengan la probabilidad de corresponder a un principio de disociación atómica».

Una vez más, y como para la ley de Semejanza, reina el acuerdo perfecto entre homeópatas y alópatas, así se comprenden difícilmente las objeciones que no han cesado de dirigirnos y que voy ahora a refutar sin dificultad.

IV. EL EXAMEN DE LAS OBJECIONES

Jamás puede oponerse un razonamiento a un hecho, no existe nada contra un hecho cuando está sólidamente demostrado.

(Lacordaire, 7.^a Conferencia 1846-47).

Desde hace un siglo, los homeópatas de ambos mundos publican observaciones análogas a las que os he citado; es decir, en que la curación aparece siempre como resultado de una experiencia hecha en condiciones rigurosamente determinadas. Cuando os halléis en presencia de condiciones semejantes, *obrad exactamente como nosotros*, y si no obtenéis los mismos resultados, tendremos por lo menos una base sólida de discusión. En ciencia experimental se contesta a los hechos con los hechos, a las experiencias con las experiencias. Aún las aguardamos de nuestros contradictores, porque para imitarnos exactamente, sería preciso estudiar primero nuestra «Materia médica», lo que exige trabajo y fatiga, luego penetrarse bien de nuestro método de individualización y finalmente aplicarlo durante un tiempo suficientemente largo y sin dejarse desanimar por los inevitables fracasos de todos los comienzos.

Ha parecido más fácil contestarnos con injurias, burlas y discursos.

Ha pasado el período de las injurias; pero cuando haga, en un libro próximo, la Historia de la homeopatía, no dejaré de demostrar a qué excesos de lenguaje se han atrevido gentes bien educadas, sabios, profesores, académicos, contra compañeros y colegas perfectamente honorables, pero culpables de practicar la terapéutica hahnemanniana. Las burlas, las conocemos igual que vosotros y somos los primeros en reírnos cuando son espirituales, pero me parece que tampoco os las han economizado y que en este terreno, por lo menos podemos darnos la mano..., sonriéndonos. Por otra parte, por espirituales que sean las bromas no han constituido nunca argumentos, dejémoslo.

Las objeciones puramente verbales que se nos han hecho han sido expuestas en este periódico, muchas veces, desde 1920, por M. Ch. Fiessinger que ha hablado de la Homeopatía y de los homeópatas con mesura y cortesía, pero — siento tener que añadirlo — con una insuficiente competencia, porque no ha estudiado y practicado *bastante tiempo* el método que pretende juzgar.

Conocemos *bastante bien* la homeopatía, nos dice; este bastante bien no es *suficiente*; la homeopatía es una terapéutica difícil y que es preciso *conocer muy bien* para obtener resultados. Nuestro distinguido contradictor, por no haber llevado suficientemente lejos su investigación personal, no ha podido más que repetir las ob-

jeciones que nos hacen desde hace 100 años que existen los homeópatas y que curan. Mejor aconsejado, no obstante, que nuestros adversarios anteriores, reconoce que nuestro principio, la ley de Semejanza, es justa, que tenemos razón empleando pequeñas dosis, y termina nada menos que, con esta conclusión paradógica que no es a la aplicación de nuestro principio exacto, ni al empleo juicioso de nuestras dosis homeopáticas a las que debemos nuestras curaciones, sino que éstas son producidas por el choque emotivo, la sugestión o el esfuerzo de la Naturaleza, que nosotros no contrariamos.

M. Ch. Fiessinger sabe cómo obra el choque emotivo: «la emoción, nos dice, actúa por resonancia sobre los filetes neuro-glandulares del simpático y restablece, por este mecanismo, el ritmo de las funciones alteradas». La hipótesis es ingeniosa, pero no es más que hipótesis, y el mecanismo invocado es más difícil de demostrar que la acción de nuestras dosis infinitesimales.

Y nuestro autor nos cita un ejemplo de curación por este choque: a consecuencia de la emoción producida por una violenta discusión conyugal, una dama fué atacada de una taquicardia que, después de haber resistido a todos los tratamientos, cedió de pronto a la emoción producida por un accidente de automóvil, y he aquí la intervención asimilada del homeópata a una catástrofe. En este caso, yo no veo por de pronto más que una confirmación de la ley de Semejanza: una emoción cura lo que una emo-

ción ha ocasionado; luego observo que este modo de curación debe ser muy excepcional, porque el autor nos cita siempre el mismo ejemplo. Es muy sensible, porque en París, donde ejerce M. Ch. Fiessinger, podría establecerse, mejor que en otra parte, esa maravillosa terapéutica catastrófica, siendo muy fácil graduar la intensidad de la emoción deseada. En los casos ligeros, bastaría hacer atravesar a los individuos la encrucijada de Montmartre a las 8, las 10 de la mañana o al mediodía; en cuanto a los enfermos gravemente atacados, se les llevaría a ver una comedia de Andrés de Lorde, una ejecución capital, a M. Rappoport o a un homeópata.

Sin embargo, parece que nosotros obtenemos este choque emotivo por medios más sencillos y al alcance de todos; nuestro eminente colega nos lo revela: «La clientela de los homeópatas, dice, se recluta efectivamente y en general, entre los emotivos susceptibles de recibir de esta medicina extraña, formulada en abreviaciones latinas y en cifras cabalísticas, el choque de confianza que restablecerá las condiciones del equilibrio normal»; y en otra parte: «tragar tantas drogas, título infinitesimal y a horas estrictamente previstas es excelente para disciplinar. Pues bien, la disciplina es una condición para el buen funcionamiento del simpático».

Examinémoslo un poco detenidamente. Ninguna de estas afirmaciones gratuitas resiste al examen.

Medicina extraña. Ya sabéis, desde mi pri-

mera lección, en lo que consiste y os hago jueces de ello.

Formulada con abreviaciones latinas. Yo formulo con tanta frecuencia Acónito como *Aconitum* y *Bryonia* como Brionia y no he visto nunca que los enfermos curaran distinto en un caso que en otro.

Y en cifras cabalísticas: nosotros empleamos, como vosotros, las cifras árabes para los gramos y los centigramos, y las cifras romanas para las gotas.

Tragar tantas drogas; es precisamente lo contrario; en general, no ordenamos más que una o dos a la vez (1).

De título infinitesimal; no siempre, ya lo habéis visto, y el cliente es incapaz en la mayor parte de los casos, de saber si la dosis es infinitesimal o no.

A horas estrictamente previstas: he aquí nuestro *modus faciendi*: en los casos agudos, prescribimos una cucharada de nuestras pociones o una toma de nuestros gránulos cada 1/2 hora o hasta cada 1/4 de hora: en los casos crónicos, administramos nuestro remedio una o dos veces al día y hallamos ventajoso hacerlos tomar 1/4 de hora antes de las comidas; es decir, cuando el estómago está vacío. Es exactamente lo que hacéis vosotros.

En cuanto a esas *disciplinas que son una condición del buen funcionamiento del simpático*, no

(1) Salvo en la homeopatía compleja que os expondré en otro sitio.

se trata más que de una opinión, un argumento escolástico; la demostración científica requiere más rigor.

Finalmente, añado que yo no he nacido homeópata, que he practicado la terapéutica alopática antes que la de Hahnemann, lo que me permite quizá afirmar con conocimiento de causa, que no he contado más emotivos en mi segunda clientela que en la primera. Sé, sin duda también, mejor que M. Fiessinger, lo que ocurre en un gabinete de homeópatas, y voy a revelaros sus horribles misterios. La frase que oímos con mayor frecuencia es la siguiente: «Doctor, yo no tengo ninguna confianza en su remedio, pero como estoy cansado de medicarme sin resultado, me he decidido a venir a consultarle, bien seguro, por lo menos, que usted no me envenenará» (lo que quiere decir, evidentemente, porque sé muy perfectamente que usted no da más que agua y azúcar).

¿Admirable disposición, no es cierto, para recibir el choque emotivo o la influencia sugestiva? Y cuando el nuevo cliente, a cambio de nuestra receta, ha recibido del farmacéutico un sencillo tubo de gránulos o una poción incolora, sin olor ni sabor, y de precio mínimo, os engañáis completamente si creéis que está sugestionado. He aquí el sentimiento que experimenta, y que muchos me han confesado: «¡Qué necedad creer que esto bastará para curarme!»

Y os preguntaré ahora si es por el choque emotivo o por la sugestión cómo explicáis nuestras curaciones en los niños, los locos y los animales.

En los niños, nos contesta M. Ch. Fiessinger, vuestros remedios son inútiles, porque «es en ellos donde la Naturaleza vela y acaba pronto por expulsar la enfermedad». Efectivamente, todos sabemos que los niños no se mueren nunca de bronconeumonía, y que la coqueluche tiene una tendencia maravillosa a acabar en dos o tres días. Pues bien, que M. Ch. Fiessinger consulte, pues, las estadísticas de Marcos Jousset y de los médicos que le han sucedido en el Hospital de Santa Margarita, y verá cuán raras, extraordinariamente raras, son las defunciones de niños por bronconeumonía; que compare luego estos resultados con los de los hospitales alopáticos, y quedará convencido. En cuanto a la coqueluche, las madres, que no se preocupan de las discusiones teóricas cuando se trata de la salud de sus hijos, saben bien que ninguno de los mil y un remedios que empleáis contra ella no tiene la eficacia de nuestros granulitos, y nos traen a sus hijos «porque todo el mundo sabe, dicen, que la homeopatía es soberana en la coqueluche»; la desgracia es que muchas no la juzgan capaz de curar otras enfermedades.

¿Creéis también de buena fe que es por sugestión que nuestros colegas de América calman y curan los enfermos de sus grandes asilos homeopáticos de locos, donde no entran ni opio ni bromuros? (1).

(1) Hay en los Estados Unidos 55 hospitales homeopáticos. El gran Asilo de alienados de Liddletown contiene 1,200 enfermos.

En lo que se refiere a nuestras curaciones en los animales, M. Fiessinger confiesa carecer de competencia. Voy a reseñarle, con gusto y apresuramiento. Ante todo no existe sólo un veterinario homeopático en Francia como él cree; hay muchos en París y en provincias, como también en el extranjero; nuestros anuarios dan sus nombres y direcciones. Nuestra literatura comprende muchas obras de arte veterinario. He aquí algunas: el *Manuel de médecine vétérinaire homéopatique*, de Lotzbeck; el *Nouveau manuel*, de Gunther, traducido del alemán por Martín, médico-veterinario; el *Dictionnaire vétérinaire homéopatique*, de Prost-Lacuzon y H. Berger, etc... Y puesto que M. Ch. Fiessinger lee nuestras observaciones desde hace muchos años, ha podido leer, como yo, en el *Propagateur*, de 1907 y de 1909, y en la *Revue Homéopatique Française* de 1908, casos de curaciones de parálisis de perros por *Rhus Tox*; de fiebre vitular por *Brionia*; de disentería en los terneros, por *mercurius corrosivus*; de torceduras de pie y de edemas en las piernas por *sulfur* y *apis*, etc. En el *Petit Chasseur*, de 1908, un avicultor, A. Jaspar, ha publicado el resultado de su práctica homeopática en las enfermedades de las gallinas. ¿Es que las gallinas serían sensibles, como las esposas infortunadas, al efecto del choque emotivo o de la sugestión? Añado que hemos tenido curaciones sensacionales en los animales, la de la perrita de Meissonier, por ejemplo; y veterinarios célebres, como Chatain, padre (de Autun), que a falta de médico homeópata, no des-

deñaba consultar el ilustre cardenal Perraut; reconocido a sus buenos cuidados, legó inclusive su hermoso Cristo de marfil «a su veterinario».

Y he aquí la tercera explicación alopática de nuestras curaciones: «No son vuestros remedios los que curan, es la Naturaleza, a la cual no contrariáis»; y M. Ch. Fiessinger deja escapar esta frase, que el buen Flaubert no hubiera dejado de calificar de «hénaurme», como se complacía en escribir: «Sin duda, cuando la última epidemia de gripe, los homeópatas han tenido pocas defunciones. Ellos evitaban los desastres de los anti-térmicos a altas dosis y de las sangrías intempestivas. Los enfermos curaban porque los médicos no les impedían curar.»

No se ha dicho nada más cruel de los alópatas, y esto os explica que haya en el mundo tantos malos espíritus, nuestros clientes, que prefieren vivir en estado de herejía terapéutica mejor que morir a causa de una gripe, ¡ piadosamente provistos de los medicamentos de la iglesia médica oficial! En una palabra, M. Fiessinger nos cree capaces de tomar eternamente el *post hoc* por el *propter hoc*.

Aunque seamos homeópatas, no dejamos de conocer las reglas de la crítica experimental, y voy a daros una prueba y un ejemplo que tendréis seguramente ocasión de imitar un día u otro.

En julio de 1912 fuí consultado por una señora joven, atacada hacía cuatro meses de neuralgia facial del lado izquierdo. Experimentaba violentos dolores de latidos o estiramientos a lo largo

del nervio supraorbitario, en el pómulo, sobre el trayecto del maxilar superior y en los dientes. Presentaba al mismo tiempo una *sensación de frío en el interior de la boca y movimientos convulsivos del labio superior*. Desde hacía cuatro meses esta señora había tomado los calmantes más diversos, sin otro resultado que un adormecimiento pasajero del dolor. Como último recurso le habían extraído ya tres dientes, que resultaron además perfectamente sanos. Siendo los síntomas de los más característicos de *Thuya Occidentalis*, le di algunos gránulos de este remedio a la duodécima dilución. La curación fué tan rápida, el mismo día, que no pude dejar de dudar de la acción del remedio y pensar en una coincidencia posible, a pesar de la indicación evidente de *Thuya*. En septiembre del año siguiente, tuve la suerte de volver a ver a esta enferma atacada de los mismos dolores. La ocasión era demasiado tentadora para asegurarme de la acción de *Thuya* haciendo la contraprueba, recomendada por Claudio Bernard. Afirmando a la enferma que era el mismo remedio que la había curado ya, le di sucesivamente gránulos de *Saccharum Lactis*, de *Aconitum*, de *Rhus tox*, y de *Bryonia*, sin resultado alguno. Finalmente, le di gránulos de *Thuya*, y la curación se produjo tan rápidamente como la primera vez.

Otro ejemplo también demostrativo: Parenteau ha publicado, en el periódico alopático de Darier, la *Clinique Ophtalmologique*, muchas cu-

raciones de cataratas por remedios homeopáticos ; he aquí el título de la tercera observación : «*Catarata senil, tratada en una época relativamente avanzada, y con alternativas de mejorías medicamentosas y de agravaciones a consecuencia de suspensiones en el tratamiento*», y leeréis en efecto, que cinco veces distintas la señora P. V..., célebre cantante, olvidando las recomendaciones hechas, cesó demasiado pronto, o no volvió a emplear a tiempo las medicaciones prescritas, y que cinco veces tuvo recaídas. (El resultado no fué por ello menos favorable, puesto que la enferma murió a ochenta años, viendo lo suficiente para leer y escribir, y esto veinte años después que un oculista alópata le propuso la operación).

Por otra parte, si os decidís a practicar la homeopatía, he aquí lo que observaréis muchas veces en vuestros comienzos. No sabiendo individualizar bien todavía y no conociendo suficientemente vuestra materia médica, no prescribiréis de primera intención el remedio que corresponde a la totalidad de los síntomas, es decir, el *Simillimum*, y tendréis numerosos fracasos, pero, y cuando después de muchos ensayos infructuosos desesperéis de la curación, la veréis producirse invariablemente en cuanto habréis descubierto y prescrito este *Simillimum*. Cuando como yo, hayáis hecho diez veces, veinte veces, cien veces esta observación, os veréis obligados a atribuir la curación a la acción de nuestros remedios, a menos de haber perdido por completo el juicio y ad-

mitir que el choque emotivo, la sugestión o el esfuerzo de la naturaleza, no se manifiesta más que en el momento preciso y que el remedio administrado es el que indica la ley Semejanza, lo que sería demasiado absurdo.

V. RESPUESTAS A VARIOS COLEGAS

¡Oh rigor científico! Te saludamos al pasar; a ti por el cual ha sido demostrado que la tierra no daba vueltas, que la sangre no circulaba, que el teléfono era una cosa imposible, como el Daguerreotipo, y el fonógrafo y navegación a vapor, y los caminos de hierro, y la dirección de los globos, y la iluminación por gas, etc....

Dr. Mendel, Etudes Médicales, juillet 1920, p. 52).

De dos puntos opuestos de Francia, dos oculistas me han escrito: «Citáis el *Rhus Toxicodendron* entre vuestros remedios homeopáticos; pues bien, hace mucho tiempo que lo empleamos con éxito en ciertas úlceras de la córnea; sin embargo, nosotros no somos homeópatas».

Pero si en ese caso, precisamente, sois homeópatas puesto que empleáis *Rus Toxicodendron* de acuerdo con la ley de Semejanza.

Además, es uno de los nuestros que os lo ha hecho conocer.

Yo no aseguro nada que no pueda probar.

He aquí lo que me contó, hace diez años, el doctor Abadie, el maestro parisién tan conocido, que ha formado, durante su larga carrera, muchos centenares de excelentes oculistas. «En un gran hotel de la orilla derecha, donde se alojaba, yo

cuidaba, me dijo, a un rico americano que sufría una úlcera artrítica de la córnea, extraordinariamente dolorosa. Yo me esforzaba cuanto podía en curarle, pero sin gran éxito, lo confieso. Una mañana, mi enfermo me dijo: —Doctor, tengo costumbre en Nueva York de hacerme tratar por los homeópatas y siempre me ha ido bien, ¿tendría usted inconveniente en que llamáramos uno en consulta? Accedí inmediatamente, curioso por ver un discípulo de Hahnemann, en el ejercicio de su arte. Yo no conocía ninguno entonces, pero mi enfermo había oído hablar del doctor Claude y fué enviado a buscar. Llegó, examinó a mi americano, notó con interés el sitio marginal de la ulceración, la agravación de los dolores durante la noche y el origen artrítico de la afección. Su prescripción fué la siguiente: Hacer disolver cinco gránulos de *Rhus Toxicodendron* 6.^a en un vaso de agua y tomar una cucharada de postre, cada hora (1). A la mañana siguiente, me quedé muy asombrado al hallar a mi enfermo mucho mejor; no había sufrido más desde la cuarta toma del remedio, y la úlcera presentaba ya una tendencia manifiesta a la cicatrización. La mejoría

(1) Nuestras materias médicas dan las indicaciones siguientes:

Rhus Toxicodendron: Úlcera artrítica que asienta en el limbo esclerocorneano y afectando con mayor frecuencia la forma de media luna. Gran fotofobia. Localización izquierda (Chiron).

«Los síntomas son generalmente peores en tiempo húmedo y de noche después de la media noche. La diátesis reumática influirá también en nuestra elección (Allen).

progresó y la curación fué rápida y completa. Podéis pensar, añadió el doctor Abadie, que no dejé de imitar a Claude en los casos semejantes que tuve que curar. Siempre obtuve el mismo resultado excelente. Entonces di a conocer este remedio en mis lecciones clínicas, pero aconsejé a mis discípulos, si temían que les llamaran homeópatas, prescribir, como yo, *Rhus Tox*, a la dosis de unas gotas de tintura en un vaso de agua».

Este testimonio del doctor Abadie, merece que nos detengamos un poco.

Leyendo a M. Ch. Fiessinger, uno se imaginaria fácilmente que los homeópatas viven en una especie de estado segundo que les impide distinguir la verdad del error, las apariencias de la realidad. He aquí, pues, un caso innegable de curación de una úlcera de la córnea debido a la homeopatía, que ha sido observado por un oculista afamado, que no tenía nada de homeópata y que temía inclusive parecerlo. Es un hecho científico, puesto que colocándose en las mismas condiciones, se ha reproducido constantemente. No se necesita más para destruir la argumentación laboriosa de M. Ch. Fiessinger contra la homeopatía. Al mismo tiempo, este hecho positivo anula por sí solo los resultados negativos de sus ensayos terapéuticos.

Pero hay más, y M. Ch. Fiessinger no va a dejar de darnos la razón respecto de la dosis, él que ha escrito tan justamente, en este periódico mismo: «Lo que importa determinar, no es la dosis máxima, es la dosis mínima de los medicamen-

tos». Puesto que una 6.^a dilución centesimal de *Rhus Tox*, produce los mismos efectos que algunas gotas de tintura madre, yo continuaré empleando esta dosis infinitesimal, aunque no fuera más que para merecer — una vez no hace ley — la aprobación sin reservas de nuestro eminente Director.

Yo había pedido al doctor Abadie la autorización para publicar lo que acabáis de leer. Me la ha concedido muy gustosamente, añadiendo, inclusive: «No dejéis de decir también que es Claude quien me ha hecho conocer vuestra Glonoína; yo a mi vez la he indicado a Huchard que la ha vulgarizado como vasodilatador, con el nombre de trinitrina (1)». No dejaré de hacerlo, tanto más cuanto después de mi primer artículo, un colega me ha dirigido este reproche singular. «Puesto que confesáis (!) que vuestra *Glonoína* no es más que nuestra *Trinitrina*, ¿por qué no la prescribís con su verdadero nombre, si no para hacer creer a vuestros clientes que empleáis remedios extraordinarios que nosotros no conocemos?» Y he aquí cómo se escribe la historia, cuando se está mal informado.

Si me fuera preciso hacer la lista de todos los remedios que nos habéis tomado, la encontraríais larga. Cito de memoria: El *hydrastis*, la *hamamelis*, el *crátégus*, el *cactus grandiflorus*, la *passiflora*, etc.; una casa de especialidades muy conocida, se ha distinguido especialmente en esta clase de ejercicio: Ha especializado el cac-

(1) Huchard lo ha reconocido y publicado realmente.

tus, la damiana, el guaco, la drosera, etc..., lo que da lugar a encontrar frecuentemente colegas que os dicen : en tal caso, el cactus de casa X... me ha dado excelentes resultados ; mientras que otros os afirman no haber obtenido beneficio alguno con él, en la misma enfermedad. ¿Cómo explicar estas diferencias de acción ? Sencillamente porque los primeros han caído, por casualidad, sobre casos en que la ley de Semejanza indicaba *Cactus* y que los segundos no han tenido esta suerte. Generalizad esta observación y tendréis la explicación de hechos incomprensibles hasta hoy para vosotros : los resultados diferentes, producidos por un mismo remedio, con afecciones nosológicamente semejantes, pero cuya expresión sintomática era en realidad diferente.

Si la ley de Semejanza ha sido fácilmente admitida por mis lectores, no ha ocurrido lo mismo — y ya lo esperaba — con la acción de nuestras dosis infinitesimales. Dos médicos y tres farmacéuticos (naturalmente) me han hecho esta objeción : «La prueba que no hay nada absolutamente en vuestros remedios, es que podemos tragarnos un tubo entero sin experimentar ningún mal». Esto prueba, sencillamente, que nuestros remedios homeopáticos no son capaces de «hacer enfermar la salud», como decía Montaigne, esta es una gran superioridad sobre los vuestros.

Y observad bien, he contestado a mis contradictores, que no administramos nuestras dosis infinitesimales a individuos sanos, sino a enfermos previamente sensibilizados por la enfermedad.

Además, estos remedios tienen una acción electiva sobre los órganos decaídos de nuestros clientes, puesto que a dosis elevadas han producido trastornos de estos órganos en los experimentadores. Es por lo que no os aconsejaré jamás que traguéis todo un tubo de nuestros granos, porque si, por casualidad presentábais algunos de los síntomas que producen, podría perjudicaros considerablemente. En el mes de julio último, he sido llamado apresuradamente para una enferma afectada de enfermedad de Hodgson, y que había tomado 30 gránulos de *Spigelia* 6.^a, indicada en ella por la ley de Semejanza: las palpitaciones, los dolores y la disnea fueron tan violentas, que encontré a la cabecera de su cama, el cura y el notario, llamados al mismo tiempo que yo, por herederos alarmados.

Un colega de Dordogne me ha hecho otra pregunta sobre el mismo asunto: ¿Ignoráis, pues, me ha dicho, los trabajos de Lazard que ha demostrado, por el cálculo, que no había nada absolutamente en vuestras diluciones, mucho antes de la 12.^a?

He leído los trabajos de Lazard en la *Revue de Biologie appliquée*. He aquí su argumentación: «La naturaleza, no es divisible al infinito. El límite de su divisibilidad está marcado por un número que yo conozco exactamente. En la molécula-gramo de un cuerpo químicamente definido, hay:

60 × 10.000 000 000 000 000 000 000

partículas indivisibles. Pues bien, antes de vues-

tra 12ª dilución centesimal, habéis alcanzado la última división del cuerpo de que se trate.

Este cálculo maravilloso no me ha conmovido ni trastornado. Admitiendo que sea exacto, nada significa contra los ejemplos de acción de una 30ª dilución que os he citado y que podéis comprobar fácilmente. Simplemente, no son hechos del mismo orden.

Pero para que no quede duda alguna en vuestro espíritu, someto a M. Lazard las sencillas observaciones siguientes :

En primer lugar, la conclusión que saca de su cálculo, está en contradicción formal con las experiencias de Nøegeli y las de Raulin sobre el desarrollo del *Aspergillus niger* en las soluciones argénticas.

En segundo lugar, la cuestión de la constitución de la materia, dista de estar resuelta : el átomo que se ha considerado largo tiempo como la única partícula indivisible, se considera actualmente como una partícula sumamente divisible. Según J. J. Thomas, ¡ un electrón sería 2.000 veces menor que un átomo de hidrógeno ! Ahora bien, las preparaciones especiales de nuestros remedios por succusiones y trituraciones sucesivas, fragmentan mecánicamente las sustancias medicamentosas ; llegan quizás hasta disociar los átomos (1) ; cuando menos no es irrazonable suponerlo.

(1) Leyes del Dr. Suriol :

1.ª Todos los cuerpos en la dinamización tienen una potencia fija y determinada, en la que se verifica el cam-

De esta discusión, retened esta conclusión práctica: Siempre que en la complejidad indeterminada y las variaciones incesantes de los fenómenos biológicos introduzcáis los métodos fijos y rigurosos de las ciencias matemáticas, llegaréis a necedades. Acordáos de la grandeza y de la decadencia del punto crioscópico de las orinas y tened por seguro que la constante de Ambard, va a mostrarse cada vez más inconstante (1). La aparición de una fórmula algebraica en un estudio médico, me produce siempre el efecto de un golpe de jazz-band en medio de una sinfonía, y cuando encuentro uno o hasta dos radicales en el denominador, mi alegría no tiene límites. «En biología, decía Pablo Bert, las matemáticas son como el caballo

bio de estado atómico al electrónico, y variable en los distintos cuerpos.

2.^a En tanto no se llega al punto citado por la primera ley, los cuerpos permanecen en estado atómico.

3.^a Una vez conseguido el estado electrónico, es superfluo, aunque no contraproducente, elevar la potenciación del cuerpo.

Estas tres leyes pueden resumirse en la siguiente: «En la elevación progresiva de potencias, se llega a una fija para cada cuerpo en la que se verifica la desintegración atómica, pasada la cual, es superfluo continuar la potenciación.»

A. Suriol. *La dinamización homeopática en relación con la concepción moderna de la arquitectura del átomo.*—N. del T.

(1) La constante de Ambard está sujeta a tantas causas de error que, personalmente, hemos renunciado casi a ella (Dr. Barrieu, de Royat in *Phare Médical*, 7 juillet 1928, página 187.)

de Atila : por donde han pasado, no rebrota nada nunca»).

Para terminar con esta sempiterna cuestión de las dosis infinitesimales, permitidme que os envíe a la página 808 del *Journal des Praticiens* de 1924. Allí leeréis que un médico austriaco, Fritz Kaspar ha adoptado, en el tratamiento del bocio, la técnica de la microdosis de Bayard y que da una cucharada de café al día, durante muchas semanas, de la solución : 1 miligramo de yoduro de potasio en 150 gr. de agua. Obtiene tan buenos resultados como con las altas dosis y evita así las agravaciones que a veces producen. Hace cien años que los homeópatas hacen lo mismo, con igual éxito, y por las mismas razones. Únicamente, llaman sus dosis, dosis infinitesimales y no microdosis ; de ahí toda la diferencia.

La acción febrígena de la quinina en el hombre sano, ha producido algún asombro. No quisiera hacer ante vosotros, la vana exhibición de una erudición muy fácil, pero es preciso que cite mis autores. El doctor Auber ha citado muchos casos de fiebre intermitente determinada por la quina en individuos sanos (1). Zimmer, fabricante de sulfato de quinina en Francfort, reconoce que sus obreros están atacados con frecuencia de una fiebre que ellos llaman «fiebre de la quina» (2). Y un médico de Marsella ha citado hechos análogos

(1) *Revue Médicale*, mars 1840, p. 461.

(2) Citado por el Dr. Chevalier en : *Annales d'Hygiène publique*, 1852, t. XLVIII, p. 25.

en la Academia de Ciencias, en 1861 (1). Finalmente, nadie os impide hacer como un médico militar francés, Gaudorp, que, para contestar a Piorry, experimentó en sí mismo y sufrió muy claramente la acción febrígena del polvo de los Jesuitas.

Un médico de Burdeos me ha hecho observar que no he contestado a M. Ch. Fiessinger cuando acusa a los homeópatas de hacer a veces, alopatía. ¿Y por qué no hemos de hacerla si nuestros enfermos obtienen alguna ventaja? ¿Qué idea tan extraña tenéis, pues, de un homeópata? Este, no lo olvidéis, es un médico que ha hecho los mismos estudios que vosotros y que ha comenzado generalmente por practicar la terapéutica enseñada en la Facultad. Sabe lo que ésta vale — no gran cosa — y que posee pocos remedios eficaces (una quincena, dice M. Ch. Fiessinger). En lugar de limitarse a deplorar su insuficiencia, sus incertidumbres y sus peligros — cosa que hacéis a diario — ha tenido el valor de estudiar una terapéutica nueva, la de Hahnemann, y si la emplea casi exclusivamente, es evidentemente porque le da mejores resultados que la primera.

Pero la homeopatía no es una religión, ya os lo han dicho. Por encima de la ley de Semejanza, existe otra, una ley moral que obliga al médico a apelar a todo para aliviar y curar a los que en él confían. El homeópata tiene, pues, el derecho, diré más, tiene el deber de emplear vuestros

(1) In Briquet: Du Quinquine, p. 118.

remedios si los juzga, en un caso dado, de efecto tan rápido y más seguro que los suyos. Esto le sucede, por otra parte, cada vez con menor frecuencia, a medida que conoce mejor los recursos maravillosos de su propia terapéutica.

Por otra parte, he notado que cuando recurre a la alopátia, el médico homeópata obra muy a menudo por pereza, en virtud de la ley del menor esfuerzo. De esto, yo mismo me acuso. No hace mucho tiempo, no dejaba de dar el salicilato de sodio, en todos los casos de reumatismo agudo. ¡Es tan fácil y tan sencillo, no hay que calentarse la cabeza! Administrando salicilato, según el rito establecido por Huchard, se tienen las mayores probabilidades de aliviar y curar prontamente. Pero desde que me tomo la molestia de individualizar cuidadosamente mis remedios — lo que no siempre es fácil y requiere algún esfuerzo — prefiero prescribir según los casos: *Apis mellifica*, *Rhus tox*, *Bryonia*, *Acónitum*, etc... y siempre a dosis infinitesimales. ¿No tengo razón para hacerlo, puesto que mis enfermos curan tan pronto como con el salicilato, y su estómago, su riñón y su nervio auditivo no son interesados?

Dicho esto, no experimento dificultad alguna en contestar a un médico de Lyon muy conocido, que ha creído ponerme en un apuro pidiéndome que le haga conocer los remedios que empleo contra la difteria y la sífilis.

Cuando el diagnóstico de difteria no me parece dudoso o el estado general es grave, empleo, como vosotros, el suero de Behring-Roux.

Cuando el estado del enfermo no es inquietante o el aspecto no es absolutamente característico, tomo una muestra que envío al Instituto Pasteur de Nantes.

Esperando su respuesta, administro dosis infinitesimales de *cianuro de mercurio*, porque esta sal ha producido, en las intoxicaciones, falsas membranas y fenómenos generales tan parecidos a los de la difteria, que excelentes clínicos han podido engañarse. En la mayoría de casos, las membranas han desaparecido ya cuando llega la respuesta del Laboratorio. Si hay abundancia de bacilos de Löffler largos, hago de todos modos una inyección de suero. Es quizá inútil, pero me quedo más tranquilo.

Contra la sífilis, empleo como vosotros, el mercurio, el bismuto o los arsenobenzoles. Me sería fácil demostraros que al hacer esto, continúo fiel a la ley de Semejanza (1), pero si me probáis que no hago más que aplicar la ley de los contrarios, os aseguro, que me consolaría fácilmente. «No hagamos como nuestros detractores, decía últimamente J.-P. Teissier, que no quieren seguirnos porque no somos oficiales, y no rechazemos lo que cura, con el único pretexto de que está reconocido oficialmente».

(1) Sifilógrafos como Fournier, Mauriac, du Castel, se han preguntado ante ciertas lesiones, si eran de origen sifilítico o mercurial, tan grande puede ser a veces la semejanza.

En las obras homeopáticas de 1854, está formalmente indicada la acción antisifilítica del arsénico.

Hago, no obstante, una observación : si yo empleo el mercurio a dosis ponderables, son generalmente menos elevadas que las vuestras. ¿Estoy equivocado? Un alópata va a contestaros, es el doctor Malherbe, de Nantes, dermatólogo sumamente conocido y distinguido.

—«He observado hechos completamente favorables a la homeopatía, me decía, hace unos tres meses, algún día los publicaré». Ha cumplido su promesa, y en el *Nantes Médical* del 15 noviembre 1924, veréis que lesiones sifilíticas muy graves y muy antiguas, que resistían a las dosis mercuriales llevadas hasta el límite de tolerancia, cedieron muy rápidamente cuando nuestro colega empleó dosis pequeñas y continuadas. Malherbe añade : «Un maestro eminente que había estudiado y utilizado esta terapéutica, decía ; «he hallado muy pocas manifestaciones sifilíticas que hayan resistido a este método».

Reuniéndola a estos hechos, la historia que voy a contaros, os parecerá menos sorprendente.

Un médico rural luchaba con una epidemia de coqueluche, contra la cual empleaba uniformemente, sin medida y sin resultado, la tintura de *Drosera*. Prescribía ordinariamente las dosis de L y C gotas. Ahora bien, por casualidad recibió entonces un periódico homeopático donde se hablaba precisamente del tratamiento de la coqueluche. Reconoció que *Drosera* era el remedio indicado en la mayoría de los casos, pero no en todos, por los síntomas : «Quintas de tos espasmódicas con vómitos de alimentos precediendo a los

vómitos mucosos ; epistaxis y desangramiento bucal. La tos es excitada por un cosquilleo en la laringe como el de una pluma. Resuena dolorosamente en las paredes torácicas ; es sofocante, y se acompaña en algunos casos de *espectoración amarilla, puriforme, sanguinolenta*. Peor después de la media noche.

El médico dió entonces, a todos sus coqueluchosos, una cucharada, cada hora, de la solución : 1 gota de tintura de Drosera en 200 gramos de agua. Los resultados fueron tan evidentes, curación rápida los casos que presentaban los síntomas característicos del remedio y efecto nulo en los demás, que nuestro colega estudió con ardor la homeopatía de la que es hoy partidario fiel, para mayor satisfacción suya y de su clientela. Debésele inclusive : *res admirabilis*, la conversión del farmacéutico de su pueblo que se ha hecho médico para practicar, también él, el método de Hahnemann.

VI. ULTIMAS RESPUESTAS A LOS COLEGAS

La Homeopatía reposa únicamente sobre la experiencia: quiere ser juzgada por los resultados. Si queréis obtener iguales éxitos, imitadme franca y lealmente.

(Hahnemann).

A todo señor, todo honor. Yo no he convencido a M. Ch. Fiessinger, y como no hay dos verdades terapéuticas, una para él y otra para mí, se deduce necesariamente, que uno de los dos se equivoca. Yo me inclinaría humildemente a pensar que soy yo, ante la elevada autoridad de mi contradictor, si los hechos, los hechos que son los únicos que valen y no admiten el sentimiento, no vinieran, desde hace 15 años, a afirmar cada día más mi convicción en la realidad de las curaciones homeopáticas.

Por otra parte, es preciso creer que los argumentos que he aportado, no carecen de valor, puesto que M. Ch. Fiessinger ha juzgado oportuno publicar todo un artículo para poner en guardia a nuestros lectores comunes contra lo que él llama «las ilusiones de la Homeopatía». Su tesis es muy curiosa: «La mayor parte de las enfermedades, nos dice, curan solas; la homeopatía no

entra en ello para nada, la alopátia, no podría más que contrariar el esfuerzo curativo de la naturaleza». Entonces, ¿el médico es inútil? De ningún modo, y hasta puede mucho, pero únicamente por la bondad de su corazón y la influencia mágica de las palabras que pronuncia. Y henos aquí vueltos a la taumaturgia, origen sagrado de la medicina.

Sería muy necio quien negara que existe una parte de verdad en esta teoría. En resumen, esto no es más que la sugestión en estado de vigilia, tal como la concebía Berheim. ¿Pero pensáis que reconociendo, esta acción sugestiva del médico, es prudente no exagerar su poder ni extender demasiado su dominio? Y, puesto que es a esto también a lo quiere llegar M. Ch. Fiessinger, os reto a explicar y obtener por la sugestión las curaciones que os he citado.

Es la experiencia y no la discusión la que hace al médico, ha dicho Celso. En lugar de disputar, experimentad cómo os he enseñado a hacerlo. Cuando os halléis en presencia de casos análogos a los estudiados ya en los artículos precedentes: neuralgia facial, catarata, ciática inveterada, úlcera de la córnea, coqueluche, comenzad, como os lo aconseja nuestro Director, pronunciando «palabras llenas de una emotividad que remueve la mentalidad del sujeto». (Con el mismo objeto, el zuavo Jacob soplabá en su trompa de émbolo). Si vuestros enfermos no curan — ¡hay gentes tan amigas de llevar la contraria! — ensayad entonces la Homeopatía, y con toda independencia y

libertad de espíritu, juzgad y comparad, veréis cuál es la terapéutica sin rival.

Bajo la fe de mis artículos, colegas demasiado apresurados y llenos de laudable ardor, han comprado, al azar de los catálogos, Formularios y Materias médicas homeopáticas. No han entendido nada y me han dirigido algún reproche. En una carta completamente llena de citas latinas, un Parisién me ha escrito : «¿Cómo podré creer en la seriedad de vuestra doctrina, cuando leo que para escoger vuestros remedios os guiais por extravagancias como estas? : *Las facultades intelectuales aumentan con el sol y disminuyen con él; o bien los dientes parecen demasiado largos*».

Y yo he contestado : Puesto que pertenecéis a la buena raza de los médicos humanistas, por lo que os felicito, porque de otro modo no seríais más que veterinario para bípedos sin pluma, tomad, pues, de vuestra biblioteca, el tomo II de las *Causeries du Lundi*. En el estudio sobre Le Sage, el inmortal autor de *Gil Blas*, leeréis (página 374) : «Hacia el final de su vida, no tenía el pleno uso de sus facultades más que hacia la mitad del día, y se notaba que *su espíritu subía y bajaba cada día con el sol*». Le Sage murió en 1747 ; Hahnemann nació en 1755.

En cuanto al síntoma, los *dientes parecen demasiado largos*, interrogad a vuestro dentista, él os enseñará que se encuentra a menudo en la piorrea álveolodental y que los dientes obturados lo producen frecuentemente bajo diversas influencias.

No os apresuréis, pues, a burlaros de Hahnemann. Fué, sabedlo, un genial observador. Yo no quiero decir que su obra es un arca santa constituyendo sacrilegio el tocarla; guardáos, no obstante de llevar a ella una mano imprudente. Las experiencias hechas en nuestros días por colegas americanos, con las técnicas más nuevas, confirman sus trabajos y explican inclusive muy a menudo lo que vosotros llamáis «sus extravagancias». Hubiérais evitado hacer un juicio tan falso de la Homeopatía, si, para estudiarla, hubiérais seguido el buen camino. ¿Habéis comprado un Formulario, me decís? Es como si para aprender el latín, que poseéis perfectamente, hubiérais comenzado por abrir un léxico. Porque nuestras Materias médicas y nuestros Formularios no son más que ésto: diccionarios y léxicos. Aprended primero a servirlos de ellos estudiando la gramática, es decir, el método homeopático.

Me he visto muy apurado, por ejemplo, para contestar a los numerosos correspondientes que me han pedido la lista de libros que estudiar. Los libros homeopáticos franceses que convendrían a los principiantes están agotados, y los que quedan, excelentes para homeópatas ya experimentados, no harían más que aportar la confusión al espíritu de los neófitos, y hacerles perder la afición para siempre a nuestro método. Así, para responder a deseos expresados frecuentemente, estoy terminando un *Resumen de Homeopatía teórica y práctica*, que espero os facilitará el estudio de nuestra terapéutica muy eficaz, pero muy difícil.

Un estudiante de medicina, me ha escrito : —«Yo creería gustoso en la Homeopatía, si me explicárais cómo obran vuestros remedios». He contestado a ese jovencito : —«¿Quiere usted explicarme cómo obran el salicilato de sodio, el mercurio, el opio, y las tres cuartas partes de vuestros medicamentos? No sabéis nada, verdad, y esto no os impedirá emplearlos cuando sea necesario, porque la experiencia os ha demostrado que obran. Lo mismo sucede con nuestros remedios homeopáticos : la experiencia me ha demostrado que curan cuando se dan a pequeñas dosis y según la ley de Semejanza ; esto me basta. No es que desdeñe las hipótesis que espíritus ingeniosos (1) han ideado para explicar su acción (*Felix qui potuit rerum...*) pero no les concedo una importancia exagerada. Lo que importa ante todo es establecer bien la realidad del hecho. La explicación vendrá después, si puede ser. Si no se la encuentra, o si no me proponen o si me las proponen insuficientes, mi certeza no será perturbada en modo alguno, porque sé que la verdad está en los hechos y no en mi espíritu que intenta explicarlo. Yo continuaré «sosteniéndome fuertemente como los dos extremos de la cadena (aquí la experiencia y sus resultados) aunque no vea siempre el centro donde tiene lugar el encadenamiento (2)».

He dicho, además, a mi joven correspondiente :

(1) Naveau y Villechauvaix, Gallavardin, Sieffert, Mouezy-Eon.

(2) Bossuet. Traité du libre arbitre (Chapitre IV).

«¿Os declararéis ya pronto a creer en la Homeopatía? Verdaderamente, mi éxito excede a mi esperanza, y sois mucho más fácil de convencer de lo que fuí yo. No es después de haber leído artículos y observaciones homeopáticas cuando he creído en esta terapéutica, sino solamente después de haber obtenido yo mismo las curaciones que aquella prometía. Haced, pues, lo mismo, no aceptéis lo que os digo más que a beneficio de inventario, experimentad, y no os decidáis más que después de los resultados obtenidos. En las Ciencias Naturales, no hay más que un método para crearse una convicción: es «irlo a ver, y no el de raciocinar. Y si vais a verlo de buena fe, vuestra suerte está echada, seréis muy pronto de los nuestros».

Encargado por Robbi, (de Dresde), de quien era ayudante, de refutar la herejía homeopática, Constantino Hering comenzó por leer las obras de Hahnemann y por aplicar su método para comprobar, creía él, la ineficacia. Con gran sorpresa suya, los resultados fueron tales, que Hering se convirtió en uno de los más firmes propagadores de la Homeopatía y fundó en Allentown, en América, la primera escuela homeopática que ha existido en el mundo.

Muy recientemente, el famoso Bier, profesor de la Facultad de Medicina de Berlín, se ha dado cuenta de que tratando la inflamación por la terapéutica irritante (inyección de sangre, de proteína) no se hace más que aplicar la ley de Similitud. Así se vió conducido a estudiar la Homeopatía. Ha publicado, este mismo año los resulta-

dos de su investigación (1). Helos aquí: los homeópatas tienen razón al decir que los órganos enfermos presentan vis-a-vis de los remedios de acción electiva una extrema sensibilidad que no existe en los individuos sanos; tienen razón, en no emplear más que pequeñas dosis de medicamentos, para evitar la agravación de los síntomas; finalmente ¡sujetáos bien! — tienen razón en creer en la acción de sus dosis infinitesimales. Y Bier lo prueba por las curaciones que ha obtenido en las estafilococias cutáneas con dosis homeopáticas de azufre. Puesto que estas dosis obran, cuando el gramo de azufre que un adulto ingiere diariamente con sus alimentos carece de acción, es preciso admitir, dice, que los homeópatas tienen también razón cuando explican las propiedades terapéuticas y sus dosis infinitesimales por las modificaciones que imprimen al estado físico del azufre y de cualquier otro medicamento, las preparaciones especiales a que le someten (triturasiones y succusiones). En efecto, éstas permiten gracias a la extrema división de las substancias, aumentar considerablemente su superficie, a pesar de no emplear más que una masa insignificante e inactiva por sí misma.

Muchos lectores me han escrito: «Los ejemplos que usted cita son muy interesantes, pero no suficientemente numerosos para conseguir nuestra convicción. Dénos otros...».

(1) A. Bier. Qué debemos pensar de la Homeopatía (Munchener Medizinische wochenschrift, t. LXXII, número 18. 1 mayo 1925).

Aun cuando yo llenara las columnas de este periódico de relatos de curaciones, no me creería aún con derecho a reclamar vuestra adhesión a nuestra doctrina. Ya vendréis espontáneamente cuando la habréis experimentado. Pero puesto que mis observaciones os interesan, voy a citar otra que aumentará el pequeño bagaje de indicaciones que poseéis ya, y os permitirá, si llega la ocasión, hacer una cura brillante y fácil.

He aquí mi primera curación homeopática: Hacía cuatro meses que estudiaba el método de Hahnemann; comenzaba a ver un poco claro y estaba impaciente por practicarlo. Un caso muy interesante me dió ocasión de probarlo. Un farmacéutico, M. B. (he curado muchos farmacéuticos y todos, naturalmente, más incrédulos unos que otros), estaba afecto, hacía ocho meses, de un eczema diseminado por las manos, los brazos, el tronco y el escroto donde las placas, particularmente pruriginosas, no le dejaban reposo, ni día ni noche. El paciente, verdaderamente podía dársele este nombre, había consultado, sin resultado, a todos los médicos especialistas de la región. Había seguido los regímenes más severos, ensayado todas las medicaciones internas, y sufrido todas las aplicaciones externas, le habían barnizado y alquitranado — no le faltaba más que el ripolín — pero todo había sido inútil y sólo quedaban las inyecciones de morfina dos veces al día. El enfermo dormía poco y no tomaba más que leche; había enflaquecido considerablemente y su estado general decaía mucho. Tal era la situación

cuando le propuse ensayar la Homeopatía. Esto le hizo reír, lo que no le sucedía hacía mucho tiempo, pero cedió a mis instancias, con la eterna frase de los incrédulos : ¡ al fin y al cabo, usted no me envenenará ! Consulté mi materia médica y retrocedí asustado : 53 remedios estaban indicados en el tratamiento del eczema y era preciso que eligiera entre ellos el que en las experiencias había producido los síntomas más semejantes a los que presentaba M. B. Di sucesivamente y sin resultado alguno : *clematis*, *cantharis*, *rhus vernix*, *sulphur*, *mercurius*. Debéis suponer las burlas que acogieron cada fracaso. Yo hubiera podido concluir, como algunos lo han hecho en circunstancias semejantes, que la Homeopatía era « una broma » y abandonar su estudio, pero yo juzgué más prudente achacarlo a la insuficiencia del homeópata y apelar a otros más viejos.

Escribí al doctor Favre, del que había leído los artículos en el *Propagateur*, y le envié la observación muy detallada de mi enfermo. A vuelta de correo, me contestó : « Adjunto hallaréis tres paquetes de seis glóbulos cada uno de *Croton Tiglium* 12^a ; es el remedio indicado. Dad un paquete cada tres días, por la mañana en ayunas, en un poco de agua ». Mi enfermo los aceptó sin dificultad, observando que no corría ni el peligro de purgarse. Os confieso que, desde aquel momento no me atreví a verle de nuevo, porque no esperaba que *Croton Tiglium* obrara mejor que los demás remedios. Pero ocho días después, su mujer venía a casa a anunciarme la curación de

su marido. Y era cierto. Nada de eczema, únicamente un poquito de coloración de la piel y algunos restos epidérmicos en los sitios ocupados durante tanto tiempo por las placas pruriginosas. ¡Era increíble! Consulté entonces mi materia médica en el capítulo de *Croton Tiglium* y leí, página 635: «que no es raro ver aparecer erupciones secundarias lejos de las regiones donde se había aplicado el aceite, y particularmente en el escroto» y, en la página 637: «es sobre todo contra el eczema, y particularmente el que asienta en las partes genitales, que este medicamento resulta curativo. El prurito del eczema se calma muy pronto con este medicamento».

Entonces, comprendí por qué *Croton* había curado mientras que los demás remedios habían fracasado: la localización en el escroto era la característica principal, la *key-note*, como dicen los americanos, que permitía individualizar el caso y elegir, con certeza, el único remedio que convino de los 53 reconocidos como capaces de curar el eczema.

Todas las objeciones que podéis hacerme, yo me las he hecho. —¿Sugestión? Yo era casi tan incrédulo como mi farmacéutico. —¿Coincidencia? Imposible admitirla, porque algunos meses después, una recidiva fué reprimida por el mismo remedio. Y además, nunca he dejado desde entonces de curar el eczema pruriginoso del escroto con *Croton tiglium*. He aquí mi último caso. Hace dos meses aproximadamente, me hallaba en un tren con un representante de comercio, el

cual, oyéndome llamar Doctor por un conocido, aprovechó el primer momento en que estuvimos solos en nuestro departamento para colocarme una consulta. «Estoy afecto de una afección desagradable, me dijo, es un eczema de las bolsas que me pica horrorosamente y me obliga a rascarme día y noche. En todas las ciudades por donde paso, consulto especialistas; ninguno ha podido aliviarme. ¿Podría usted darme un consejo?» En la primera parada, le di la receta que adivináis: *Croton tiglium* 6.^a, un tubo gránulos; tomar 3 en seco, sobre la lengua, a las diez y a las diez y seis en días alternos, y le di la dirección de una farmacia de París, guardándome bien de mencionar que se trataba de una farmacia homeopática. Veinte días después, recibí la carta siguiente:

«Querido doctor: Tengo un gran placer al anunciarle mi curación y enviarle mi más sincero agradecimiento. No tomé su remedio en seguida, porque mi hermana y mi cuñado se han burlado de mí cuando han visto que se trataba de Homeopatía. Pero, cansado de sufrir, me he llevado el tubo al ir de viaje y he tomado sus gránulos como me había dicho. Al cabo de ocho días estaba completamente curado. Que vengan ahora a hablar delante de mí, mal de la Homeopatía, ya sabré qué contestar. Adjunto los honorarios, etc., etc. Firmado: S...».

Estoy seguro que en los casos de eczema pruriginoso del escroto, *Croton tiglium* (3.^a, 6.^a o 12.^a)

os dará los mismos resultados que a mí. Ensayadlo a la primera ocasión, y ya me lo diréis luego.

Un médico brasileño que ha leído el artículo de L. Ch. Fiessinger sobre la Homeopatía en el número 35 del año 1926, se asombra de ver homeópatas que emplean altas dosis de digitalina. ¿Cómo podéis conciliar esto con vuestra doctrina? me preguntan. Yo no concilio nada absolutamente. Fué sencillamente el error de uno de los nuestros. Hacia 1905, Pedro Jousset, seducido y arrastrado por la elevada autoridad de Huchard, empleó y recomendó las 50 gotas de digitalina en la asistolia. Lo que prueba, entre paréntesis, que los homeópatas no son los sectarios intransigentes que os imagináis, puesto que no vacilan en adoptar vuestra terapéutica, si en un caso dado la juzgan preferible a la suya. Pero fuere cual fuere el lugar eminente de Jousset en nuestra Escuela, no hablaba más que personalmente; porque, en la misma época Sieffert, otro homeópata, decía y repetía a Huchard: Vuestras cincuenta gotas de digitalina son inútiles y peligrosas. Nosotros obtenemos los mismos resultados que vosotros y sin accidente alguno con nuestra tercera dilución. Ahora bien, esta corresponde exactamente a las cinco gotas de la solución al milésimo que son universalmente adoptadas en la actualidad. ¿Y quién es el que ha regulado magistralmente el empleo de estas gotas, es decir, de nuestra 3.^a dilución? Ved cuán afortunada casualidad: es precisamente M. Ch. Fiessinger.

Así, pues, respecto a la digital, es decir, el re-

medio más seguro, más constante, más fiel de toda la terapéutica, existe acuerdo perfecto entre alópatas y homeópatas: Huchard establece que la digital no obra más que según la ley de Semejanza (1); Fiessinger regula e impone el empleo de las dosis homeopáticas, y he aquí a Hipócrates y Galeno reconciliados «¡ a la sombra de las digitales floridas!» Ante este espectáculo enternecedor y bucólico, contened vuestra emoción, mis queridos colegas, los días más hermosos a menudo carecen de un mañana.

He recibido un número inverosímil de cartas de toda Francia y del extranjero, lo que prueba la extraordinaria difusión del *Journal des Praticiens* y también el interés que suscita la Homeopatía actualmente. Me he impuesto el deber (placer por otra parte) de contestar a todas, menos a una. Esta, es confitura, postre que he reservado para mis lectores, en recompensa del valor y de la paciencia meritorias que han demostrado siguiéndome hasta aquí. Esta carta, llegada a mi poder una mañana de noviembre último, tenía el timbre del departamento del Sena-Inferior. A medida que avanzaba en la lectura, me persuadía cada vez más, que me había sido escrita por el mismo Carlos Bovary, con la colaboración de M. Homais. Sólo la firma, Dr. M., me desengañó, pero vais a ver que la confusión era inevitable. He aquí el principio:

«En ciencia experimental, decís, se contesta a los hechos con los hechos, a las experiencias por

(1) Ver lección 2.^a.

las experiencias; queréis hechos, hélos aquí, y os garantizo la autenticidad». Y el desgraciado me cita: la curación de una enteritis grave en un niño de seis meses, por la aplicación de un ladrillo sobre el vientre; la supresión de las crisis (?) en un neurópata, después de la ingestión de seis sanguijuelas fritas, ordenadas por un curandero; y finalmente, el caso del joven Antimo Tubœuf, (que se diría sacado de un cuento de Maupassant), salvado de una meningitis por la aplicación, sobre la frente de un palomo cortado por la mitad, en vivo.

Yo no tengo dificultad en creer en la autenticidad de estos hechos, como tampoco la tendrán mis lectores en estimar, como yo, que es profundamente lamentable y hasta humillante para todos nosotros, que pueda hallarse un médico que no sepa diferenciar los hechos en bruto, que no significan nada, y los hechos científicos, únicos que valen. Enviémosle a leer la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, obra publicada en 1875 por un tal Claudio Bernard, del cual, indudablemente, no ha oído hablar nunca. He aquí, ahora, una perla: «Las burlas, decís, no han constituido nunca un argumento. ¡Perdone! ¡Perdone! Y yo protesto; una burla es a veces un argumento irrefutable». Me admiro y espero los ejemplos.

Pero hay más aún: «Mi pequeño caletre de homo sapiens no puede admitir las dosis infinitesimales, escribe el doctor M..., y es una bufonada quererme hacer tragar eso». Sabios como Claudio

Bernard, Pasteur, Berthelot, han sometido humildemente su razón a la enseñanza de los hechos. Yo he oído muchas veces a Anatolio France deplorar que la suya fuera débil y vacilante. Nuestro colega normando tiene una mejor opinión de sí mismo. ¡ Su razón marca los límites de todo conocimiento, es el criterio de toda verdad, el canon de toda certeza ! ¿ Por qué no lo he sabido antes ? ¡ Le hubiera sometido mis artículos antes de publicarlos, y me hubiera evitado así la desgracia de ser confundido, a causa de las dosis infinitesimales, con esos bufones, que son : Robin y sus coloides, d'Hérelle y su bacteriófago, Richet y su anafilaxia, Pasteur, el mismo Pasteur y sus sueros !

—«Nunca seré homeópata, añade mi correspondiente, porque huele a Boche a la legua.» Esto, por lo menos, es una razón..., una razón de pie de banco. Para ser consecuente consigo mismo, nuestro colega no debe emplear nunca el suero antidiftérico ni los arsenobenzoles debidos a Behring y a Ehrlich, esos dos Boches. Sin duda no ha leído nunca a Goethe, ni oído las sinfonías de Beethoven. Dígnese hallar aquí la expresión sincera de mi compasión más viva.

Finalmente, he aquí el ramillete. Cito siempre textualmente, porque la forma es tan notable como el fondo. «Entre las elucubraciones estoposas salidas del cráneo de Hahnemann y de sus discípulos, prefiero las magníficas claridades brotadas del cerebro de Pasteur. No es esta la ocasión de enseñar al doctor M. que Behring, que

entendía, quizá, en bacteriología, ha escrito: «Hahnemann, en el principio de este siglo (el XIX) hubiera podido asumir la tarea de Pasteur.» Lo creo perfectamente; no le ha faltado para ello más que los instrumentos y la técnica indispensable, pero todas las ideas pasteurianas están en Hahnemann, y encontraréis inclusive en el párrafo 56 de su *Organon*, publicado en 1810, la previsión más clara y más precisa de la bacteriología. Copio: «Se podría... tratar una enfermedad por el miasma mismo que la ha producido, pero aun suponiendo que esto fuera posible, y sería seguramente un descubrimiento precioso, como no se administraría miasma al enfermo hasta después de haberlo modificado hasta cierto punto por las preparaciones a que se le sometería, la curación no tendría lugar en este caso, más que oponiendo *Simillimum simillimo*.»

Al terminar su carta, «el homo sapiens del pequeño caletre» me renueva la seguridad que no será nunca de los nuestros. La misericordia de Dios es infinita.

VII. HOMEOPATÍA Y ALOPATÍA

La doctrina más general que existe es la doctrina homeopática. Esto es extraño y doloroso: Es una vergüenza para la medicina oficial, pero es cierto.

(Marchal de Calvi, Academia de Medicina, 1853).

Cuando os pregunten lo que es la Homeopatía, en lugar de sonreír con ese aire inteligente y superior que os servía hasta aquí para ocultar vuestra ignorancia, podéis, actualmente, contestar: «La Homeopatía es una terapéutica que saca sus indicaciones de la ley de Semejanza y que emplea sus medicamentos a dosis generalmente pequeñas o infinitesimales, pero siempre inferiores a las dosis patogenéticas.

Para nuestros colegas que no han estudiado humanidades, puesto que desgraciadamente los hay, explico esta expresión de «dosis patogenéticas». Significa: las dosis necesarias para engendrar, en el hombre sano, los mismos síntomas que uno se propone hacer desaparecer en el enfermo.

Observad bien los primeros términos de la definición que os propongo. Digo que la Homeopatía es *una* terapéutica y *no toda* la terapéutica. Que reemplaza, casi completamente, vuestra pas-

mosa farmacia, nada más cierto; que haga caer a menudo el bisturí de las manos del cirujano, es también cierto; que haga inútil la mayor parte de veces trócares, lancetas, puntos de fuego y otros instrumentos de la llamada ordinariamente «pequeña Cirugía», es perfectamente exacto; pero que la Homeopatía nos permita siempre, y en todos los casos, prescindir de estos diversos agentes terapéuticos, como también de la electricidad, de los rayos X y del radium, a esto digo que no, y me separo completamente de los que pretenden lo contrario, y que si no son unos ignorantes, no pueden ser, como decía Jousset, más que unos iluminados.

Creo, en cambio, firmemente, que llevada a un grado más elevado de perfección, la Homeopatía extendería aún su dominio a expensas de los otros medios del arte de curar, pero yo escribo aquí para exponeros la verdad actual, y no para hacer profecías.

Lo que constituye la evidente superioridad de nuestro método sobre el vuestro, es que la Homeopatía tiene por base, por principio y por regla, una ley de la Naturaleza, *la ley de Semejanza*, tan segura e invariable como la ley de la caída de los cuerpos o el principio de Pascal.

Me contestaréis, sin duda, que vosotros tenéis *la ley de los contrarios*. Pronto la examinaremos, pero dejadme demostrar primero las consecuencias que se desprenden, naturalmente, de la ley de Semejanza. Son importantes. Voy a probaros, mediante ejemplos, que, contrariamente a los

vuestros, nuestros remedios no varían ni con el tiempo ni con los lugares, ni según la fantasía del médico, y que hasta cuando nos es imposible hacer un diagnóstico preciso, la ley de Semejanza nos permite hallar aún, con seguridad, el remedio curativo.

Cuando yo comencé a ejercer nuestro arte, hace veinte años, el agua de mar estaba en todo su apogeo. Inyectada bajo la piel, lo curaba todo; actualmente no se la emplea más que en la atropia infantil, donde continúa actuando maravillosamente, y en la que obra, además, homeopáticamente. Si me fuera necesario redactar el obituario de todos los remedios que después de haber brillado como meteoros en el cielo de la terapéutica, han desaparecido de pronto sin dejar rastro, apenas bastarían muchas columnas de este periódico, porque en alopátia, la era de los milagros no se ha interrumpido nunca y no se cerrará jamás. Hoy se continúa, con la leche, cuya súbita y prodigiosa fortuna no me canso de admirar. En virtud de la teoría del choque coloidoclásico que está de moda, vuestros maestros han decretado que la leche debía ser un medicamento maravilloso, y en seguida, con una docilidad asombrosa, la leche en inyecciones subcutáneas, ha comenzado a curar todo lo que se ha querido: muchas variedades de iritis, la terrible oftalmia gonocócica, la úlcera del estómago, la bronconeumonía, la gastroenteritis infantil, las dermatosis, la blenorragia, etc... Es el caso de prescribirla mientras cure, porque si esperáis únicamente el retorno de

la primavera, temo mucho que esas virtudes maravillosas hayan ido a unirse a las viejas lunas y las nieves de Villon.

Conocéis la reciente desventura de la Esparteína, la Esparteína cardiotónica, que era, hasta estos últimos tiempos artículo de fe. Laborde la había llamado el «metrónomo del corazón» y Lépine afirmaba que reforzaba las contracciones cardíacas mejor que la digital; así, todas las carteras de urgencia contenían una ampolla del precioso medicamento. Y he aquí que los médicos que la han empleado, desde 1885, para sostener los corazones desfallecidos, acaban de saber con estupor que en realidad la Esparteína deprime el miocardio (1).

Huchard ha insistido largamente, en sus *Consultas médicas*, sobre los peligros de la digital en los hipertensos, pues bien, he leído, estos días, en no sé que revista, que la digital no tiene propiedades hipertensivas. Al mismo tiempo, Laubry acaba de enterrar vuestros hipotensores: el verbasco no tiene acción alguna, la del nitrito de sodio es dudosa, el yoduro no obra más que como

(1) Después de escritas estas líneas, se ha intentado la rehabilitación de la Esparteína, parece que «exalta las propiedades del sarcoplasma y por esto ejerce respecto al músculo estriado una acción veratrinizante; por otra parte moderada». De estas opiniones contradictorias, puede deducirse, creo, sin temor de equivocarme, que la acción de la Esparteína sobre el corazón es nula o insignificante, y esto será un consuelo para los que la han empleado en otro tiempo.

antisifilítico, los nitritos orgánicos son peligrosos (!).

Decididamente, los dioses se van dejando a los pobres alópatas en muy cruel situación.

No veréis nada de esto en los homeópatas, porque Hahnemann no ha determinado sus remedios como lo han hecho vuestros autores, según teorías, reacciones *in vitro* o experiencias en el perro, el conejo y el cobayo (2), sino según la experimentación en el hombre sano, método recomendado más tarde muy calurosamente, por el mismo Claudio Bernard. Así, los remedios, *todos los remedios* que curaban en tiempo de Hahnemann, curan aún en nuestros días y en las mismas condiciones. He aquí un ejemplo que tendréis ciertamente ocasión de comprobar.

Uno de los mejores homeópatas que conozco, el doctor Enrique Naveau (de Mans), ha contado, en una de nuestras Revistas, sus dudas y sus angustias a propósito de sus primeros tratamientos homeopáticos en clientela (3). Una mañana de

(1) Recomiendo a todos mis colegas, y en particular a M. Ch. Fiessinger, la lectura de un estudio de Francisco Cartier, antiguo interno de los Hospitales de París y homeópata distinguido, aparecido en la *Revue Homéopathique* (en agosto, octubre, y noviembre 1910: *Lo que puede hacer la Homeopatía contra la hiper y la hipotensión arterial*).

(2) A la medicina humana fáltale hombre y sóbrale rana. Letamendi. Patología general. Epílogo. N. del T.

(3) En el momento de enviar este pliego a la imprenta, sé que el Dr. Enrique Naveau acaba de ser elegido Presidente de la Sociedad de Medicina de Mans. Le felicito calurosamente y me regocijo con este testimonio de consi-

agosto de 1905, nuestro colega fué llamado apresuradamente, junto a una señora que había sido atacada durante la noche, por un violento ataque de cólera. A las 7 de la mañana, Naveau la encuentra en un estado muy grave; estima en 8 litros aproximadamente, el líquido expulsado por los vómitos y las deposiciones, «la cara tiene una palidez mortal, la nariz adelgazada, los ojos hundidos expresan la angustia; el rostro y los miembros están fríos. Al menor movimiento, y hasta en reposo sobrevienen calambres sumamente dolorosos en los muslos, las pantorrillas, los dedos de los pies, arrancándole sin reposo quejas y gritos». Ante este cuadro, la ley de Semejanza no permite a nuestro homeópata vacilar un segundo sobre los remedios que prescribir. Anima a la enferma y redacta la prescripción siguiente:

1.º Veratrum album . . .	1.ª dilución	V gotas
Agua hervida . . .	—	150 gr.
2.º Cuprum metallicum.	3.ª trituración	0'50 gr.
Agua hervida . . .	—	150 gr.

Una cucharada de postre cada cuarto de hora, alternando. Al llegar a su casa la tranquilidad que ha demostrado nuestro colega disminuye y se desvanece. Se pregunta, con angustia, si el tratamiento homeopático va a ser eficaz en un

deración hacia uno de los nuestros, llevado a cabo por colegas alópatas que le conocen desde hace más de veinte años.

Y pensar que en París hay, en el barrio de Grenelle, una Sociedad Médica cuyos estatutos excluyen aún a los homeópatas. Se está menos atrasado en provincias.

caso tan grave y tan rápido (¡ otros ha visto después !). Para tranquilizar su conciencia inquieta, consulta a los maestros de la alopátia : Debove y Achard, Charcot y Bouchard, Brouadell y Gilbert, «muy decidido a cambiar inmediatamente la medicación si hallo, dice, razones suficientes». No faltan los remedios recomendados por los diversos autores : salicilato de bismuto, salol, benzonactol, calomelanos, ácido láctico, resorcina, etc..., no hay más que la dificultad en la elección, pero lo que falta, son las indicaciones para hacer esta elección. «¿En qué basarnos?, dice Naveau. Únicamente sobre la preferencia que tendré por Bouchard, Gilbert, Hayem o Mathieu, porque del estado del enfermo y de los síntomas particulares que presenta, no se habla nunca». Abre entonces sus autores homeópatas : el francés Jousset, los alemanes Jahr y Hartmann, los americanos Nash, Farrington y Lilienthal, todos están de acuerdo para darle iguales y precisas indicaciones :

Veratrum album: deposiciones abundantes, diarrea acuosa evacuada con fuerza y seguida de una gran postración. Vómitos. Frío extraordinario. Lengua pálida, fría. Frialdad glacial de la nariz y de la cara, rostro estirado.

Cuprum metallicum. Deposiciones con debilidad. Calambres en el abdomen. Cara pálida. Espasmos. Calambres que comienzan en los dedos de las manos y de los pies. Calambres violentos, intermitentes, aumentados por el movimiento y el tacto.

Tranquilizado, Naveau no cambió su medicación y su enferma curó muy rápidamente. Un análisis había demostrado que en las deposiciones abundaban los colibacilos.

Pues bien, *Veratrum album* y *Cuprum* figuran a la cabeza de los remedios indicados por Hahnemann y sus discípulos, con ocasión de las epidemias de cólera que desolaron a Alemania durante las guerras del Primer Imperio.

Más aún, es con *Veratrum album* con lo que Hipócrates, curaba el cólera. Escuchadle: —«En Atenas, un hombre fué presa del cólera — expulsaba por arriba y por abajo — sufría — ni los vómitos ni las deposiciones podían ser detenidas — la voz se había extinguido — los ojos estaban sin brillo — este enfermo bebió heléboro (*Veratrum album*) — y curó (1).

Tengo interés en contestar, antes de proseguir mi demostración, a una objeción que preveo. Vuestro Naveau, me dirán algunos colegas, se ha dejado engañar por las apariencias; sus remedios homeopáticos no han de contarse en la curación de este enfermo, porque es propio del cólera nostras curar repentinamente, después de una crisis violenta. Veamos, diría Panurgo. En 1892 Dieulafoy trataba en sus servicio de Necker, cuatro coléricos que no podían diferenciarse por los síntomas; el único que murió fué el que presentaba, como la enferma de Naveau, el colibacilo puro. Los otros tres, que curaron, eran portadores de

(1) *Obras completas de Hipócrates*, traducción Littré. Tomo V (pág. 211).

bacilo virgula sólo o asociado con el coli. Al año siguiente Giraudeau y Rénon vieron morir, con los *síntomas* y *las lesiones* del cólera indio, enfermos que no tenían igualmente, más que colibacilo en sus deposiciones (1).

Si no pierden sus propiedades con el tiempo, nuestros remedios homeopáticos no varían tampoco, en el espacio. «Tres grados de elevación sobre el Polo» no los cambia, y no es «un Meridiano» quien decide entre nosotros de la verdad. Las dos observaciones siguientes bastarán para demostrároslo.

Un industrial nantés, ingeniero-químico, presenta trastornos diversos, entre los cuales dominan los síntomas digestivos. Este hombre, favorito de los dioses, acaba de cumplir 53 años sin haber necesitado nunca al médico. Lleno de confianza, comienza por consultar un médico de su barrio que le examina con cuidado, le da sabios consejos de higiene alimenticia y le prescribe polvos alcalinos de saturación. El enfermo no experimenta mejoría alguna. Viajando con frecuencia por su negocio, consulta un especialista pari-

(1) Los éxitos alcanzados por los homeópatas durante las epidemias de cólera de Tolón, Marsella, Aviñón y Nîmes, tienen aún testigos y están consignados en documentos oficiales, y es por esto que la homeopatía está mucho más esparcida por el Mediodía de Francia que por el Norte. Si queréis curar seguramente todos los casos de cólera nostras o de cólera indio que tengáis que tratar, procuráos, en casa Baillièrè, el pequeño opúsculo del doctor Chargé: Tratamiento del cólera epidémico. Data de 1884, pero no ha envejecido.

sién que le ordena un elixir clorhidropéptico. El resultado es nulo. Vé otro médico en Burdeos, y éste le hace tomar obleas de carbón de álamo sin mejor resultado. Nuestro químico comienza a asombrarse de estos remedios contradictorios y su confianza en nuestro arte disminuye considerablemente. Por consejo de un farmacéutico, consulta finalmente un Profesor conocido, sabio indiscutible, que tuvo un tiempo gran celebridad, con su nombre y su retrato en los periódicos de gran información. Después de haberle interrogado y examinado largamente, este último le entrega las fórmulas siguientes :

POCIÓN

Tintura de quina	40	gramos.
— de coca	40	—
Extracto flúido de condurango.	20	—
Tintura de cola.	20	—
Extracto flúido de cáscara	20	—
Jarabe de corteza naranjas agrias	260	—
Bromuro de calcio.	25	—
Arseniato de sodio.	0'10	—
Acido clorhídrico	4	—

OBLEAS

Salófeno	9	gramos.
Fenacetina	}	a. a. 3 gramos.
Teobromina		
Analgesina		
Glicerofosfato de cal.		
Valerianato de quinina		

En 30 obleas.

No me permito criticar esta prescripción, pero si tengo un día el honor de conocer a su sabio autor, no podré por menos que hacerle observar, muy respetuosamente, que el primer deber de caridad, para un médico, debe ser el no hacer tomar a otro lo que no quisiera que le hicieran tomar.

Sea como sea, a pesar de los choques emotivos que no han podido dejar de producir sucesivamente: la gran reputación del médico, la impresionante complejidad y superstición, y la ruidosa aprobación del farmacéutico (¿cobraba 34 francos, 85?), el enfermo no curó..., al contrario. Fué entonces cuando vino a consultarme. Mi diagnóstico clínico fué este: «Dispepsia simple, es decir, no complicada de úlcera, de dilatación, o de aereofagia, con numerosos síntomas extragástricos», y mi diagnóstico medicamentoso: *Nuxvomica*, a consecuencia de los síntomas siguientes: «eructos agrios y náuseas por la *mañana*, en que las molestias están siempre *agravadas* y particularmente la cefalea, que predomina sobre el *ojo izquierdo*. Una hora o dos, después de las comidas, sensación de molestia, de peso, pirosis. Comprende que estaría mejor si vomitara. *Impulso irresistible de dormir después de la comida. Insomnio de las tres a las seis de la mañana. Constipación. Hipocondria. Estado permanente de irritabilidad*». No modifiqué las prescripciones alimenticias que eran excelentes.

Mi cliente se asombró mucho de lo breve de mi prescripción y sentí la impresión de que no la seguiría. ¡Error! Volvió a verme un mes después

para hacerme saber su curación, pero me confesó que desconfiado por las contradicciones de los alópatas, había consultado dos homeópatas en París y un tercero en Burdeos. Sus prescripciones habían sido idénticas a las mías y no tenían más que un sólo e idéntico remedio: *Nux Vomica*.

Otro hecho análogo en otras latitudes. Un médico americano, el doctor Chapman, de Chicago, afecto también de trastornos gastrointestinales (distintos de los de mi nantés), envió la relación de su caso (con dos dólares), a 12 célebres alópatas y a 12 renombrados homeópatas.

Entre los primeros, el doctor Bartholow, de Filadelfia, autor de un *Tratado de terapéutica* muy estimado, se escusó diciendo que no podía prescribir nada sin ver al enfermo. El doctor Isaac N. Love, de San Luis, no contestó; los 10 restantes, enviaron sus prescripciones, todas distintas unas de otras. Veíanse en ellas el ácido clorhídrico, la genciana, la pepsina, el bismuto, el aloes, la ipeca, el beleño, la coloquintida, la quinina, la nuez vómica, el aceite de ricino, el citrato de potasio, el podofilino, etc...

Los 12 homeópatas, desde Kent, de Filadelfia, hasta Walton, de Cincinnati, pasando por Dowbry, de Nueva York, indicaron un solo e idéntico remedio: *Clavatum*.

Pero hay algo mejor: aun sin hacer diagnóstico, podemos, gracias a nuestra ley de Semejanza, elegir nuestros remedios con seguridad y curar.

Antes de levantar los brazos al cielo y ponerle por testigo, haced el favor de decirme si no os

ha sucedido nunca, en los primeros días de una enfermedad, inclusive durante toda su marcha, ¿no poder hacer un diagnóstico preciso? ¿A veces, no es verdad? Entre augures, se puede confesar esto.

Pues bien, en esos casos, yo no os he visto nunca cruzaros de brazos cuando vuestro enfermo estaba en estado grave. ¿No le habéis dejado sin cuidados por falta de un diagnóstico, y habéis basado vuestra terapéutica? ¿Sobre qué? Sobre los síntomas. Es exactamente lo que nosotros hacemos, pero con más éxito que vosotros, como voy a tener el honor y el placer de demostrároslo.

A consecuencia de los acontecimientos de la guerra, hallándome, en 1918, en una gran ciudad del Mediodía, fuí llamado para el hijo de un alto funcionario que estaba, hacía cinco días, en un estado alarmante y respecto al cual los tres médicos que encontré a su cabecera distaban de estar de acuerdo. Este niño, de 7 años de edad, había presentado durante algunos días un ligero movimiento febril, después la temperatura se había elevado hasta 41°, al mismo tiempo que se oscurecía el sensorio y que el enfermito caía en un estado semicomatoso. Cuando le examiné, a las diez de la mañana, la temperatura era de 40°,8; el pulso estaba a 138, la cara roja, cubierta de sudor, la resolución muscular completa; la constipación pertinaz desde el principio de la enfermedad. El análisis de las orinas y la diazorreacción habían sido negativas. Ahora bien, al levantar los párpados caídos, ví que aún en una se-

miobscuridad, las pupilas estaban muy contraídas, en una miosis extraordinaria. Después de un examen completo de todos los aparatos, que no me reveló nada más, solicité la opinión de mis honorables colegas.

El de más edad, bello anciano casi octogenario, habló primero y dijo: —«He dado los calomelanos y la santonina sin resultados y concluyo que estamos en presencia de lo que llamaban, en mi juventud, una fiebre soporosa; me parece bastante indicado el acetato amónico.»

El segundo médico, de 50 años de edad, opinó: —«He pensado primero en el paludismo y he practicado sin éxito inyecciones de quinina; es evidente para mí que este niño incubaba una fiebre eruptiva, y propongo baños fríos para favorecer la erupción y combatir la fiebre.»

El Benjamín de la consulta, salido recientemente de los concursos de la Escuela, nos sirvió dos diagnósticos en lugar de uno. —«Es una tifoidea, declaró, o bien una meningitis, practiquemos una toma de sangre y una punción lumbar.»

—«Mis queridos colegas, dije a mi vez, quiero creer que uno de vosotros, por lo menos, tiene razón, pero me sería muy difícil decir quién. Pero como no es imposible, tampoco, que os engañéis los tres, creo inútil proponeros un séptimo diagnóstico, de encefalitis letárgica, por ejemplo, que podría ser igualmente erróneo y prefiero confesaros, modestamente, que ignoro por completo lo que tiene nuestro enfermo. Pero lo que sé, y esto es mejor, es lo que hay que hacerle tomar

para curarle con seguridad.» Me miraron con inquietud y creyeron que deliraba cuando me oyeron afirmar : es el opio, dado a dosis homeopáticas. Deseosos de demostrarme que la homeopatía no tenía nada de misterioso, añadí : —«Si leéis a vuestro Manquat, veréis que reconoce como síntomas dominantes de la intoxicación por el opio : la constipación, el sueño cada vez más profundo, el estado comatoso, la estrechez extraordinaria de las pupilas, el conjunto de síntomas presentado por nuestro enfermo. En virtud del *Similia similibus*, que es todo lo que sabéis de homeopatía, os propongo, pues, administrar el opio. Pero como a las dosis ordinarias no haría más que exagerar el estado de nuestro enfermo, lo daremos a dosis muy pequeñas ; 2 gotas de tintura en un vaso de agua que haremos tomar a cucharadas de café cada cuarto de hora. Si al cabo de 12 horas no hemos obtenido ningún resultado, abandono este inocente a vuestros cuidados, y me lavo las manos de lo que pueda ocurrir. El areópago vacilaba, cuando vino en socorro mío inesperadamente nuestro Nestor. —«Puede, sin inconveniente, hacerse lo que propone nuestro colega, dijo, tanto más cuanto he conocido personalmente un homeópata, el doctor Chargé, que era un médico notable, a quien he visto hacer curas muy sorprendentes.»

Se dió, pues, el opio, según mis prescripciones. Después de la 6.^a cucharada, las pupilas comenzaron a dilatarse ; a las cinco horas, el niño tuvo una deposición, a la mañana siguiente, ha-

bía recobrado el conocimiento y la fiebre descendía a 38°,1. En cuatro días la curación fué completa.

Los padres, satisfechos, la consideraban milagrosa y no sabían cómo atestiguarle su gratitud. Yo estaba sumamente confuso porque el milagro no había sido difícil de hacer. Yo tenía tanto menos mérito porque conocía dos casos absolutamente análogos, publicados, el uno por Gallavardin, de Lyon, y el otro por Favre, de Tolouse (1). No faltaba nada: ni la estrechez de las pupilas, ni el coma, ni la constipación..., ni la curación por dosis infinitesimales de opio.

Remito a aquellos a quienes estas curaciones asombren, a la *octava memoria* de Cabanis, que data de 1796 (14 años antes que el *Organon*), allí podrán leer lo siguiente: «Es preciso observar que el opio, cuando se le emplea a dosis débiles, conserva largo tiempo una acción estimulante pura. He conocido un anciano que lo empleaba para prevenir amodorramientos letárgicos a que estaba predispuesto. Yo le he empleado con éxito para alcanzar el mismo fin, en otro anciano...»

No vayáis a deducir de la observación precedente que los homeópatas no hacen más que terapéutica sintomática, como se nos ha acusado a veces de ello. Yo no he elegido *Opium* por un solo síntoma, sino por el conjunto de síntomas presen-

(1) Caso de Favre, en el *Propagateur de l'Homéopathie*, 1909, pág. 119.

Caso de Gallavardin, en el *Propagateur de l'Homéopathie*, 1906, pág. 180.

tados por el enfermo, conjunto que constituye para vosotros, como para mí, el cuadro objetivo de la enfermedad. Veréis, además, cuando estudiaremos el *Organon*, que Hahnemann ha dicho : «el médico puede considerarse en posesión del conocimiento de una enfermedad únicamente cuando ha podido penetrar la *causa ocasional* y la *causa fundamental* de ésta y ha recogido el conjunto de los síntomas (1).

Estamos, pues, de acuerdo sobre el punto del diagnóstico. Lo que nos separa, es únicamente que para escoger nuestros remedios, nosotros seguimos las indicaciones de la ley de Semejanza, mientras que vosotros pretendéis seguir las que da la ley de los contrarios, y somos nosotros los que tenemos razón, puesto que : *la terapéutica de las enfermedades internas obedece con más frecuencia a la ley de Semejanza*. ¿Quién ha dicho ésto? ¿Un homeópata? No, es Huchard, quien lo ha dicho, como ya sabéis.

Y he aquí, llegado por fin el momento de examinar esa famosa ley de los Contrarios, que nos oponéis constantemente. Prometo un cesto de seis botellas de viejo Muscadet, especialidad nantesa, a quien me lo explique tan claramente, como os he explicado la ley de Semejanza.

Porque al fin, ¿qué es lo contrario de una meningitis, de una erisipela o de una fluxión de pecho? —Se trata de síntomas contrarios, me ha contestado alguno a quien había dirigido esta pregunta. —Comprendo, pero entonces vuestro

(1) *Organon*, párrafos 5, 6 y 7, págs. 107 y 108.

arte consiste, pues, en *contrariar* estos síntomas. «Es un gran trabajo», como diría mi jardinero. Los síntomas, signos físicos y signos funcionales, no representan otra cosa *que el esfuerzo de la naturaleza, que, para conservar al enfermo, trabaja con todas sus fuerzas para evacuar la materia morbosa (Sydenham)*. Es precioso, pues, evitar, precisamente, contrariarlos, y todo lo que podéis hacer, es moderarlos cuando, por su violencia, ponen en peligro al enfermo. Y he ahí lo que reduce singularmente el campo de vuestras operaciones... Ahora bien, ¿qué hace la homeopatía? Por sus remedios de acción semejante a los síntomas morbosos, obra exactamente en el sentido de la naturaleza de que se proclama la humilde servidora.

Un árbol se juzga por sus frutos, una doctrina por sus resultados, un principio por sus consecuencias. Veamos, pues, las maravillosas curaciones que debéis a la ley de los Contrarios.

Cuando por medio de los 12 remedios que hallaréis estudiados en el opúsculo que os he señalado, obtenía Chargé, en Marsella, tan brillantes resultados en las epidemias de cólera de 1854 y de 1884, este gran médico fué el blanco de toda clase de burlas y de persecuciones. Es sin duda que sus adversarios tenían una terapéutica más segura y más eficaz que la suya. Juzgad vosotros mismos. Su arsenal era el Tratamiento del cólera, por el Dr. Favre, ex redactor en jefe de la *Gazette des Hôpitaux*. Es un volumen en 8.º de más de 400 páginas, donde hallaréis no menos de

1,800 medios de tratar el cólera, todos en oposición unos con otros. Cada fórmula contiene un promedio de cuatro drogas juntas, lo que representa de 6,000 a 7,000 medicamentos empleados para la misma enfermedad (*Medicamentorum varietas ignorantæ filia est*), ha dicho Bacon. Pero no es eso sólo, hay los tratamientos heroicos : grandes vejigatorios sobre toda la región estomacal ; sinapismos envolviendo al enfermo de pies a cabeza ! ¡ Fustigaciones con ortigas ! ¡ Sangrías ! ¡ Moxas ! ¡ Sección de la arteria temporal !, etc. ¿ Y el resultado ? El autor confiesa francamente que después del empleo de cada uno de estos medios la muerte se produce casi siempre, sea en dos horas, ya en doce, quince, veinticuatro o cuarenta y ocho.

Los resultados al tratamiento homeopático están consignados en documentos oficiales, y fueron tales que un discípulo de Chargé pudo escribir, sin ser desmentido por los alópatas al acecho : « Todos los coléricos, a los que he visto una o dos horas después de la invasión del cólera, cualquiera que fuera la gravedad de los síntomas, han sido salvados. » El autor de esta declaración es el doctor Roux, de Cette, a quien todo el mundo tiene por un médico tan honrado como desinteresado, obrando por convicción y no con objeto de especular, dice la *Revue thérapeutique du Midi*.

Pasemos a otra afección : la angina de pecho, que M. Ch. Fiessinger conoce mejor que nadie. ¿ Cree él, en conciencia, que como alópata tuvo alguna vez razón para burlarse del tratamiento,

siempre igual según las mismas modalidades que los homeópatas emplean desde hace cien años, contra este síndrome? El otro día buscando un dato en el *Tratado de las enfermedades del corazón*, de Huchard, tropecé con la página 137 del tomo II (3.^a edición) donde se pasa revista a los tratamientos de la angina de pecho. ¡Qué terrible enumeración! Allí se encuentra el calor y el frío, el alcohol y la sangría, el opio y los purgantes y hasta los vomitivos, el guayaco, la genciana, el árnica, el almizcle, la cicuta, la lechuga virosa, el nitrato de plata, la asa fétida, la limonada fosfórica, el agua de laurelcerezo, etc., etc.; sin contar los tratamientos externos más singulares: cataplasmas calientes sobre la columna vertebral, cauterio en la cara interna de las piernas, ventosas secas, electricidad, metaloterapia, aplicaciones de arcilla sobre la región precordial.

Si es la ley de los contrarios la que os ha indicado todo esto, me hace pensar en el sombrero de Roberto Houdin, de donde el prestidigitador hace salir, a su antojo, tortillas o huevos duros, palomos o conejos vivos.

Yo no he elegido estas dos afecciones, podía repetir esta crítica respecto a cualquier enfermedad, la fiebre tifoidea, por ejemplo, y os mostraría siempre la misma abundancia de medicamentos y la misma pobreza de resultados.

De esta variedad, de esta inconstancia, de esta incertidumbre de la acción de los remedios, y es preciso decirlo también, de sus peligros, resulta en los alópatas un escepticismo terapéutico que

crece con los años de práctica médica y que se manifiesta así en los más humildes médicos rurales como en los maestros más renombrados.

Un médico de *Bourgueil*, el doctor Chaubet (Napoleón, Magloire, como un héroe de Balzac) ha tenido el valor, en un libro dedicado a Bretonneau, de hacer la confesión siguiente: «Con la mano en la conciencia, declaro, ante Dios y ante los hombres, que mi práctica médica ha sido más perjudicial que útil a la humanidad; de tal suerte que si los numerosos enfermos que yo he tratado durante cerca de un cuarto de siglo hubieran sido abandonados a los solos recursos de la Naturaleza, ayudados por sencillos cuidados higiénicos, el resultado final hubiera sido mucho mejor.»

Quizás habéis seguido el servicio de ese maestro eminente, muerto algunos años antes de la guerra, y que, llegado a la cima de los honores universitarios, declaraba: «Al final de mi carrera llegó a la conclusión que no podemos nada contra la enfermedad.»

Los médicos de Nantes se acordarán mucho tiempo de un profesor de su escuela que estaba dotado de maravillosas cualidades de clínico. Cuando había hecho un diagnóstico interesante en un caso difícil, este maestro añadía habitualmente: «En cuanto al tratamiento... haréis lo que os parezca»; a menos que ordenara tres sellos de bicarbonato de sodio o un gramo de salol en dos papeles. ¡Y antes de ocupar la cátedra de clínica médica había sido profesor de terapéutica!

Esta convicción pertenece a todas las épocas y

a todos los países, y se expresa a menudo de un modo muy pintoresco. Magendie, en el discurso de apertura pronunciado el 16 febrero de 1846 en el Colegio de Francia, no ha tenido reparo en decir: «Es sobre todo en los servicios en que la medicina es más activa donde la mortalidad es más considerable», y un profesor de Londres comenzaba así su curso de 1908: «Si arrojáramos todas nuestras drogas al mar, sería una gran fortuna para los humanos y una gran desgracia para los peces.»

En los homeópatas no observaréis nada semejante. Al contrario, la fe en su método aumenta con su práctica, y los más viejos son, si así puede decirse, los más encarnizados homeópatas. He conocido uno, aquí, que no aceptaba nunca encontrarse con un alópata en la cabecera de los enfermos. Era hombre para rehusar en consulta a Lancereaux, Dieulafoy, Ch. Fiessinger o Luis Ramond. «Todos esos sabios con sus venenos no son buenos más que para cortar las salsas», decía.

Uno de los hechos que más me ha llamado la atención, en mis comienzos en la homeopatía, es el siguiente: el hijo de un médico amigo mío estaba enfermo de una escarlatina muy grave con temibles complicaciones. Su padre le cuidó según el método de Hahnemann que practicaba, y lo curó. En los instantes más críticos de la enfermedad no cedió nunca a las súplicas de su mujer y de los abuelos del niño, que querían llamar a un alópata muy reputado. «Para qué — les respondía —, puesto que no permitiré nunca que mi

hijo tome sus drogas...» Y cuantos ejemplos se podría citar de homeópatas enfermos llamando a homeópatas para asistirles y no queriendo consultar a otros colegas. Además, *no se ha visto jamás un médico que habiendo estudiado y practicado la homeopatía durante un año la haya abandonado después como ciencia vana y engañosa.*

VIII. LOS ADVERSARIOS DE LA HOMEOPATÍA

Querriamos encerrar en nuestros libros clásicos el ciclo de nuestros conocimientos, con prohibición de salir de ellos, de modo que una verdad nueva corre serio peligro de ser tratada de anticientífica.

(Pr. Ch. Richet).

Si la homeopatía es tal como la exponemos, en su principio y en sus resultados, ¿cómo es, váis a decirme, que no está más esparcida en Francia? «Si eso fuera verdad — me decía un médico durante la guerra — se sabría». «Pero si se sabe — le contesté—, y más de lo que usted supone». Hay homeópatas hasta en las comarcas más lejanas del globo, y en todas partes donde no se ha instituído el monopolio de la enseñanza, la Homeopatía vence a su rival. En Francia mismo, somos muchos más de los que nuestros anuarios citan, porque además de los que figuran en ellos, hay homeópatas secretos (no me atrevo a decir vergonzosos, aunque se oculten) y homeópatas parciales.

Homeópata secreto, ese especialista nantés, que conozco perfectamente, que emplea a menudo nuestros remedios con éxito, pero recomienda a los clientes que se aperciben de ello que no digan

nada «porque si supieran que hago homeopatía, dice, mis colegas ya no me enviarían sus enfermos». Homeópata secreto, ese «acuático» que prescribía a una señora de Mayenne, que había ido a su balneario a tomar las aguas : *Rhus Tox* y *Pulsatilla*.

En cuanto a los «homeópatas parciales» son legión. Llamo así a los médicos que han comprobado una o muchas curaciones homeopáticas en su clientela — de coqueluche o de ciática, por ejemplo—, las admiten perfectamente, pero no procuran saber si la homeopatía podía ser «buena» para otras afecciones. Son espíritus poco curiosos y nada generalizadores.

Yo veía, el año último, un senador afecto de neuralgias intercostales postzonatosas. Había consultado numerosos médicos y cirujanos. El último le había propuesto una pequeña operación : «la sección de algunas raíces posteriores», sencillamente. Como declinara esta amable invitación, el cirujano le dijo entonces : «Id a ver a los homeópatas, tienen un remedio asombroso para vuestro caso, uno de mis amigos ha sido curado por ellos». Y con la mayor facilidad del mundo desembaracé a ese legislador de sus neuralgias dándole *Mercurius*, a causa, sobre todo, de ese síntoma que no debe asombraros : *los dolores empeoraban durante la noche*.

Ignoráis, sin duda, que tenemos especialistas homeópatas, los oculistas son los más numerosos. ¿Sabéis por qué? Sencillamente porque siendo el ojo accesible a la investigación de todas sus partes

aun las más profundas, es posible comprobar «de visu» la acción de nuestros remedios hasta en la retina. No hay medio de dudar de la homeopatía cuando bajo su influencia se ve borrarse una mancha, desaparecer una catarata, recobrar su coloración normal un nervio óptico.

Pero es muy cierto que homeópatas francos, secretos y parciales reunidos no forman aún una gran suma. Voy a daros las razones de nuestro escaso número relativo.

La Homeopatía no está más esparcida en Francia porque es una terapéutica difícil y que no se enseña. Para permitir que me imitéis, he elegido expresamente ejemplos muy sencillos y muy fáciles. Pero si habéis comprendido bien nuestro método de individualización rigurosa, convendréis en que la Homeopatía es más difícil de practicar que la alopátia, por la misma diferencia que hay entre entregar un traje de confección y hacer uno a medida. Después de quince años de ejercicio, me ocurre aún verme obligado a consultar mi materia médica. ¡Oh! Yo no me preocupo, la abro delante del cliente. Yo no sé si experimenta un choque emotivo curativo al verme así *doctus cum libro* (es más probable lo contrario), pero lo que yo sé perfectamente es que le curo si descubro el *Simillimum* y que no le curo sino le encuentro.

Esta terapéutica difícil, no es fácil estudiarla en Francia. Los escasos libros buenos de los primeros homeópatas, en que nuestra doctrina está expuesta claramente, están agotados, y los que han aparecido desde hace unos veinte años están sujetos a

una crítica común. Sus autores, muy sabios y muy eruditos, se han obstinado en presentar a igual altura los hechos mejor confirmados, las teorías más atrevidas, las hipótesis más audaces. Añadid algunos himnos en honor de la homeopatía, mezcladlo todo con vituperaciones contra la Escuela Oficial, y a ver si entendéis algo.

Yo caeré, quizá en otro extremo, pero al menos el *resumen* que os preparo será perfectamente claro. He procurado reunir, en un capítulo separado, todo lo que es teoría e hipótesis. Los que tienen el espíritu especulativo y filosófico lo leerán con interés, los demás que prefieren jugar al bridge o hacer una malilla bebiendo aperitivos, podrán prescindir de él sin inconveniente.

En cuanto a nuestras «Materias médicas» diríase que se trata de una apuesta; las patogenias de los medicamentos están convertidas en un embrollo, tanto que la investigación del *Simillimum* es tan fácil y atractiva para un principiante, como la de una aguja en una carreta de heno. ¡Asombráos, pues, de que muchos espíritus curiosos por falta de un buen guía hayan renunciado a ello!

Y como si todas estas dificultades no bastaran para recargar fuertemente esta pobre homeopatía, es preciso que una también en contra suya enemigos encarnizados: la Facultad, las porteras, los farmacéuticos y el *Larouse Médico*, potencias con las cuales hay que contar.

Se ha intentado explicar la hostilidad de vuestros maestros por razones de orden psicológico y encontraréis reproducido en todos nuestros libros

un pasaje de Rousseau sobre la repugnancia que tienen los sabios en admitir una verdad que no emana de sus doctas sociedades. Yo prefiero decir que para mí es incomprensible. Yo lo comprendería perfectamente, al contrario, si la Facultad pudiera oponernos un método más eficaz que el que practicamos y del que estuviera perfectamente satisfecha. Me sería sumamente fácil demostraros que no es así, nada más que citando lo que han dicho de vuestra terapéutica los mismos que han estado encargados de enseñarla: Barthez, Bérard, Malgaine, Magendie, Broussais, Germain Sée, Bouchardat, etc., etc. He aquí, por ejemplo, lo que pensaba de ella Louis, cuarenta y cinco años después de la reforma de Hahnemann que no quería conocer: «confieso que, desde hace veinte años, he estudiado en los hospitales la mayor parte de los métodos de tratamiento, lo que me coloca en el caso de hacer constar que la mayor parte de ellos ofrecían *resultados deplorables, y les debo la pérdida de personas muy queridas*. No es por sistema que he dejado de usarlo, sino que he tomado esta determinación porque *veía sucumbir un número demasiado considerable de enfermos* (1)».

Reconozco, espontáneamente, que vuestra terapéutica es menos mortífera que la que se practicaba en 1855, sobre todo si escucháis los buenos consejos que no cesa de daros M. Ch. Fiessinger relativamente a los peligros de las dosis elevadas, pero no es aún tan satisfactoria que se os pueda

(1) Academia de Medicina (24 noviembre 1855).

excusar de limitaros a ella imperturbablemente sin querer conocer otra. Y ante todo, ¿cuántos remedios eficaces tenéis? Una quincena, dice M. Ch. Fiessinger, que confiesa haber sido demasiado generoso señalando veinte. Quince remedios que oponer a los males sin cuento que afligen a los hombres enfermos. ¡El público no lo supone, cuando entra en una farmacia o cuando lee vuestras ordenanzas... magistrales!

¿Y esos quince remedios os permite emplearlos siempre a conciencia vuestra ley de los Contrarios? En este periódico que él fundó, leo respetuosamente a Huchard: «Conocéis la terapéutica de ayer y de hoy, con sus *incoherencias*, con la riqueza de sus medicamentos opuesta a la pobreza de sus medicaciones, con sus fluctuaciones incessantes porque no obedecen a ninguna ley precisa y no es gobernada ni dirigida por una doctrina». (Este es el momento de haceros presente que tenemos justamente lo que os falta: una ley precisa, la ley de Semejanza, y fundada en ella, una doctrina sólida *nec varietur*). (1).

Insuficiente e incoherente, no está mal, pero vuestra terapéutica es a menudo peligrosa, si he de creer a Hayem que debe conocerla bien, puesto que la ha enseñado en la Facultad de París. «Sabéis, dice, que el mayor peligro que corre un enfermo crónico, es ver complicarse su estado por un envenenamiento medicamentoso... La proporción de los casos de envenenamientos químicos

(1) Huchard: La Thérapeutique d'hier et de demain en *Journal des Praticiens*, 1907, pág. 739.

por los medicamentos en la clientela de las ciudades, es — tomando en blok todas las enfermedades crónicas — de 80 por 100. ¡Es enorme!...» Y no es vuestro Manquat quien ha escrito: «Si fueran conocidas y publicadas todas las defunciones debidas a la antipirina, asustaría su número». Si ahora damos una vueltecita por el extranjero, oiréis el mismo toque de alarma, pero dado más brutalmente. Echarff, de Berlín, particularmente, ha metido tan fuertemente sus gruesas botas prusianas en el plato, que no puedo resolverme a relatar aquí, lo que ha dicho de vuestros remedios y de vuestras farmacias... para no contristar a los farmacéuticos.

La terapéutica homeopática, tal como la practicamos, carece siempre de peligro y la experiencia de quince años me permite, además, afirmar que es mucho más eficaz que la vuestra y de un campo mucho más amplio. *Siempre que hayáis podido hallar los Simillimum, curaréis infaliblemente, a menos que la afección de que se trata no esté condicionada por destrucciones orgánicas irreparables.* Es así que he obtenido personalmente o que he visto y seguido curaciones de desprendimiento de la retina, de fibromas, de retracciones de la aponeurosis palmar, de tumores diversos de las mamas y de los ovarios, de gangrenas diabéticas, afecciones todas que hubiérais enviado al cirujano.

En tuberculosis, obtenemos numerosas y sólidas curaciones, con nuestras tuberculinas a dosis infinitesimales, nuestro remedio de desagüe, nues-

tros remineralizadores que son asimilados totalmente y completamente gracias a su extraordinaria división (1).

En cuanto al cáncer, hace mucho tiempo que hemos fundado una Liga para combatirlo, y uno de los nuestros, Nebel dice ha obtenido resultados interesantes. Pero como yo no los he comprobado aún, me limito a señalarlos esperando hacer un viaje de estudios a Lausanne.

Pero si la hostilidad de la Facultad, que no puede proponernos nada superior a la Homeopatía, no se explica, la de las porteras se comprende al contrario, perfectamente.

Madama Pipelet, cuya imaginación es escasa y

(1) Respecto a este punto, acabáis de ser víctimas, y vuestros clientes aún más que vosotros, de un desengaño que recuerda el de la esparténa. Después de los trabajos de Ferrier, siguiendo su ejemplo, habéis querido remineralizar vuestros tuberculosos. A organismos que no asimilaban las sales de calcio contenidas en los alimentos y las bebidas, habéis pretendido hacer asimilar estas mismas sales divididas groseramente. Esto era realmente inocente, y médicos dotados de buen sentido como Leven, os habían hecho notar que se las hallaban en totalidad en el tubo digestivo. Pero nada pudo poner a raya vuestro furor remineralizante y se vieron nacer, a su sombra innumerables especialidades todas más asimilables unas que otras. Pero en 1923, Manoussakis, en un trabajo del Laboratorio de Teissier, de Lyon, demostró que todas las preparaciones de cal que habíais administrado hasta entonces, no sólo no eran asimiladas, sino que, al contrario, favorecían la decalcificación de vuestros tuberculosos. Habéis hecho quizás tantas víctimas con este método como con la sobrealimentación de siniestra memoria. Los homeópatas no conocen vuestros remordimientos.

concreta, no puede representarse las causas de las enfermedades más que bajo una forma material. Así es que ella explica toda la patología infantil por los gusanos y que ha aceptado sin dificultad los microbios que no son, para ella, más que gusanos más pequeños. Y puesto que según esta etiología simplificada, no se trata más que de matar o expulsar al enemigo, los remedios no serán nunca ni demasiado numerosos ni demasiado enérgicos. ¡Adelante, pues, con las pociones, las obleas, las píldoras y los electuarios! En este punto, Madama Pipelet se halla en perfecto acuerdo con Madama Gibout, José Prud'homme y M. Homais.

Observad que no acuso a los farmacéuticos de malicia voluntaria y premeditada respecto a nosotros. No, su hostilidad tiene una causa muy natural y sumamente poderosa: una oposición de intereses, sencillamente. Estos honorables comerciantes, preocupados en hacer frente a sus plazos, se ven obligados, por las dificultades de los tiempos, a dividir inconscientemente los médicos en dos clases: los buenos, los que formulan mucho y... los otros, los que formulan poco o nada, a la cabeza de los cuales van los homeópatas con sus tubitos de gránulos poco costosos. Ahora bien, el médico cuyo interés es curar a su enfermo, debe formular poco si quiere conseguirlo y no creo temerario afirmar que su valor terapéutico está en razón inversa de la longitud de sus prescripciones (1). ¿Qué médico ha prescrito nunca menos

(1) Se puede ser un gran práctico sin ordenar medica-

medicamentos a sus enfermos que el eminente profesor que ha escrito el *Resumen de Terapéutica de la Colección Testut*?

En lugar de indignarme por la guerra que nos hacen los farmacéuticos he tomado el partido de divertirme con ello lo que es mucho más prudente. ¡ Oh ! la sonrisa burlona y el compasivo movimiento de cabeza del «pucherólogo» al leer una receta homeopática entre sus frascos de pasta de azufaiza y de unguento de la madre Tecla. No, yo no conozco espectáculo más divertido en todo el mundo. La última vez que tuve la ocasión de reirme de ello, fué en una farmacia donde se lee, por encima del mostrador, entre los bustos de Hipócrates y de Galeno, esta inscripción sugestiva, grabada en la encina :

Mille morbi, mille remedies.

¡ Ay ! el aparador del librero de enfrente me enviaba la respuesta, en la cubierta del excelente librito que todos conocéis :

La Terapéutica en veinte medicamentos
por M. Ch. Fiessinger

Y aun tenemos en contra nuestra, infortunados homeópatas el *Larousse médico*, tesoro de las farmacias y defensa de la salud.

La casa que edita este diccionario nos da, amentos ; el mejor remedio es a menudo no prescribir ninguno (Tissot).

propósito de la Homeopatía, un regocijante ejemplo de oportunismo comercial que vale la pena de detenernos :

El *Larousse universal*, en 17 volúmenes, no se encuentra casi más que en las bibliotecas de los literatos y de los sabios, así el método de Hahnemann está expuesto muy seriamente en él, en varias columnas compactas que cualquier homeópata firmaría con gusto.

En el *Nuevo Larousse ilustrado*, en 8 volúmenes, hay ya una sordina. No hay que chocar contra los prejuicios del «Francés medio», que le compra, ni burlarse demasiado de él tampoco. Así la Homeopatía no está ya explícitamente aprobada, pero se reconoce no obstante, la exactitud de la ley de Semejanza y el empleo de las dosis infinitesimales por la Escuela Oficial.

En cuanto al *Larousse médico*, obra de vulgarización económica, da al vulgo por lo que paga. Es bien evidente, para mí, que el colega encargado de redactar el artículo «Homeopatía» de este diccionario, ha transmitido el encargo a su criado o a su chofer, porque nunca, aun empeñándose en ello, no conseguiría un médico amontonar tantas necedades en tan pocas líneas. Principio : la teoría de la enfermedad medicamentosa substituyéndose a la enfermedad natural es errónea, luego, los hechos que intenta juzgar no existen. Es razonar realmente... como un tambor. Terminación : los homeópatas tienen tan poca confianza en su método que se hacen cuidar por los alópatas. Pido ejemplos, y mientras los espero, podría,

con su autorización, daros los nombres y las direcciones de los alópatas que se hacen tratar por los homeópatas. Esto no les va del todo mal, por otra parte, puesto que uno de ellos, el doctor Moissenet, de París, tratado desde hace mucho tiempo por mi amigo J. -P. Tessier, acaba de morir a la avanzada edad de 95 años.

Para hacerse homeópata y perseverar en ello contra tantos enemigos coaligados, es preciso, pues, cierta virtud. ¡Ah, sí! Es preciso tener la imaginación viva, ese ardor espiritual que se nota en algunos: no someterse ciegamente a la opinión de nuestros veteranos y querer comprender y escuchar las razones y las experiencias de los descubrimientos de nuestros siglos..., es decir que es preciso ser lo contrario de Tomás Diafoirus (porque acabo de haceros leer uno de los pasajes más famosos del *enfermo imaginario*).

Pues bien, este es justamente el estado espiritual de los lectores muy numerosos que me han escrito, de todos menos uno... aquel de que os he hablado al final de mi lección 6.^a:

«Siento no poder satisfacer a los diez y ocho curiosos que querrían conocer las respuestas del doctor M. Pero, en las tres páginas que he recibido tuyas, no he encontrado más que faltas de ortografía y groseros retos. He aquí todo lo que puedo citar decentemente: «...yo no he atacado a su persona, me he limitado a criticar su método sin conocerle, ciertamente, tan bufo me parece *a priori* decir como usted...» que necedad: pretender criticar un método que se confiesa no conocer hace

inútil toda controversia : hay sordo peor que el que no puede oír, es el que no puede comprender.

Y aun más «...para demostrarle que tengo tantas letras como un homeópata Nantés, le anuncio que estoy a punto de corregir las pruebas de un volumen de cuentos médicos...»

La prueba es insuficiente para mí que no juzgo nunca *a priori*. A título de autor, Calinez puede hacer imprimir cosas y pagarse así el placer costoso de corregir sus pruebas, que no serán más que Calinadas».

IX. HAHNEMANN Y SU OBRA

Hahnemann ha indicado al principio del siglo XIX, los caminos que la ciencia moderna debería seguir.

(Pr. Gimeno, de Madrid).

La institución del P. C. N. y la ausencia de una enseñanza seria de la Historia de la Medicina en la Facultad, me han hecho sospechar, desde hace largo tiempo, que los programas de estudios médicos son elaborados periódicamente por los empleados y los ujieres del Ministerio de Instrucción Pública, ayudados por un concilio de los mozos de oficinas.

Así yo me he asombrado al saber, por mis lectores, que muchos de entre ellos no habían oído hablar nunca de Hahnemann. ¡Un parisién me ha preguntado, inclusive, si éste no era un contemporáneo de Huchard!

La vida admirable de Hahnemann está demasiado íntimamente ligada a la Historia de la Homeopatía para que yo pueda contárosla en esta última lección. La encontraréis en el primer capítulo de mi *Resumen*, pero creo necesario ponerlos desde hoy, en condiciones de escoger entre dos juicios contradictorios que se han impreso aquí mismo.

M. Ch. Fiessinger, que ha leído todos los autores antiguos, ha dicho, aquí precisamente: «Hahnemann fué un hombre de genio». «Desgraciadamente, en el mismo número del *Journal des Praticiens* (1), uno de sus más brillantes colaboradores trata al fundador de la homeopatía de charlatán alemán». Tengo empeño en demostraros que nuestro Maestro ha merecido menos que nadie el ultrajante epíteto que después de tantos necios, un hombre de talento mal informado, se ha atrevido a unir a su nombre.

Samuel Hahnemann, el mayor de diez hijos de un humilde artesano de Meissen, en Sajonia, hizo sus estudios en las condiciones más penosas e imponiéndose las más duras privaciones. Durante muchos años, no durmió más que una noche de cada dos, consagrando la otra a trabajos de traducción que le eran pagados pobremente y no le hubieran permitido subsistir, si sus regentes, conmovidos por su valor y asombrados de su viva inteligencia, no le hubieran ayudado y sostenido de todas formas. Y es así como el pobre estudiante que había dejado la casa paterna con veinte duros como todo patrimonio, pudo acabar el estudio de la medicina y estudiar además la mineralogía y la química por la cual mostró siempre una viva predilección.

Tantos trabajos y fatigas tuvieron su recompensa, Hahnemann es célebre a los 34 años. Sus numerosas publicaciones sobre diversos puntos de higiene y de patología y sus descubrimientos en

(1) 18 diciembre 1920.

química atrajeron sobre él la atención de los sabios. Es miembro de muchas Academias y su clientela, que constituye su única riqueza, aumenta cada día. Casado y padre de muchos hijos (tuvo 11) el porvenir se presenta fácil y brillante ante él, cuando un día, con asombro de todos, Hahnemann abandona el ejercicio de la medicina. ¿Qué ha sucedido? Una crisis de conciencia de la que ha salido vencedor de una manera sin duda única en los anales de la medicina (1). En cuanto la experiencia le demostró los perjuicios de la terapéutica que le habían enseñado, Hahnemann rehusó practicarla durante más tiempo. «Convertirme en el asesino de mis hermanos, era para mí un pensamiento tan terrible, dice, que renuncié a la práctica para no exponerme más a perjudicar». Y, para recobrar la tranquilidad de la conciencia y la paz del corazón, no vaciló en conformarse, él y los suyos, a las dificultades y a la miseria, después de haber conocido el bienestar aproximándose a la fortuna. Para vivir, Hahnemann volvió de nuevo a su humilde oficio de traductor y a sus trabajos de química, oponien-

(1) Otros médicos predecesores o contemporáneos de Hahnemann, habían advertido lo peligroso de su terapéutica y de que eran, según la expresión de Boerhaave, «más perjudiciales que útiles para la humanidad». Menos escrupulosos que nuestro maestro, disfrazaban bajo prácticas anodinas, su expectación completamente desarmada, lo que les permitía cobrar los honorarios habituales. Tal el ilustre Sthal, por ejemplo, que en los últimos años de su carrera, no daba a todos sus enfermos más que algunos granos de sal marina.

do a las incesantes recriminaciones de su mujer una calma y una paciencia inalterables. Según mi parecer, no fué esto lo menos heroico.

Tal fué la primera manifestación de charlatanismo de Hahnemann, y he aquí la segunda: cuando formuló la ley de Semejanza, el fundador de la Homeopatía fué presa de un escrúpulo. Sus inmensas lecturas le habían demostrado que en todas las épocas se habían obtenido curaciones por la aplicación inconsciente de esta ley. Las recogió en un largo capítulo que tituló: «*Curaciones homeopáticas debidas al azar*», a fin, dice, de escapar al reproche de haber pasado en silencio estas especies de presentimientos para arrogarme la prioridad de la idea».

La vida de Hahnemann está llena de rasgos semejantes de probidad científica y de modestia, y su muerte atestigua la confianza que tuvo en su método este charlatán singular. Atacado de bronquitis desde hacía dos años, nuestro Maestro se sintió una mañana peor que de costumbre, y no pudo levantarse. —«Dadme tal remedio que he preparado ayer, dijo a su mujer, si no obra, será el final». Y al día siguiente, 2 julio 1843, a los 88 años de edad (1), en plena posesión de su inteli-

(1) No puede dejar de llamar la atención la extraordinaria longevidad que alcanzan muchos homeópatas: des Guidi, que introdujo la Homeopatía en Francia, murió de 94 años; Jousset, a 94 años; Imbert-Gourreyre, a 94 años; de la Tremblais, a 90 años; Chatain, a 88 años; Boyer, a 85 años; Collet, Chargé, Espanet, Beck, Héring, Teste, Claude, Conan, Skinner, etc., a 80 ó más años. Esto es una respuesta al *Médice cura te ipsum*.

gencia, Samuel Hahnemann vió venir la muerte con la serenidad de un justo, encomendando su alma a Dios.

Los que no le han leído, hacen de Hahnemann «un autor obscuro, especie de metafísico recóndito, de elucubraciones estoposas», como dijo M. Malouvier. Es un error absoluto.

Hahnemann fué el verdadero fundador de la biología experimental (1). Tendréis la prueba de ello, siguiendo conmigo el desarrollo armonioso de su pensamiento y el encadenamiento riguroso de sus descubrimientos.

En las circunstancias que os he citado, Hahnemann, que gozaba de buena salud, tuvo la idea de tomar, dos veces al día, durante muchos días, cuatro dragmas de corteza de quina. Con gran asombro suyo, presentó todos los síntomas de una fiebre intermitente. Renovó esta experiencia varias veces, y siempre con igual resultado. De ello concluyó sencillamente: «La quina produce en

Pero es preciso admitir también que los discípulos de Hahnemann no son los únicos en beneficiar de su método, puesto que poderosas Compañías de seguros americanas sobre la vida, que no se preocupan de querellas dogmáticas (*negocio es negocio*) consienten primas menos elevadas a los clientes de los Homeópatas, probando las estadísticas que las pagan generalmente mucho más tiempo que los partidarios de la alopatía. No me objetéis que esto prueba sencillamente que la Homeopatía no mata ni impide curar, porque me obligaríais a pensar que vuestro método hace exactamente lo contrario.

(1) Es en Hahnemann donde se halla esta expresión por primera vez.

mí síntomas análogos a los que hace desaparecer en el enfermo».

Comprobó lo mismo en su hijo mayor, Federico, pero pensando que podía tratarse de una predisposición familiar, experimentó en seguida en sus amigos y en sus discípulos: Gross, Stapff, Hardmann, Wislicenus, etc.... No obstante, la aparición del mismo fenómeno le permitió concluir: «La quina produce en el hombre sano síntomas análogos a los que hace desaparecer en el enfermo». Ya véis con qué prudencia Hahnemann avanzaba paso a paso por el camino de la verdad (1).

Ocurrióle, naturalmente, la idea de investigar si otros medicamentos poseían la misma propiedad. Estudió ciento uno, rodeándose de todas las garantías, variando y multiplicando las experiencias y las observaciones que han quedado como modelos de esta clase. Y sólo ante los resultados siempre idénticos se creyó autorizado para generalizar lo que había concluído primero del estudio de la quina y a formular finalmente la *ley de Similitudo*.

(1) Esta experiencia primordial ha sido criticada por homeópatas que han pretendido que el Maestro y sus discípulos debían hallarse en condiciones de receptibilidad especial. Es posible. La antipirina no produce en todos los individuos erupciones de urticaria; sin embargo, no deja de ser, en vuestras manos, uno de los mejores remedios de la urticaria. Además, Bretonneau no ha escrito «La observación diaria prueba que la quina a dosis elevada determina en un gran número de individuos un movimiento febril muy marcado...» (en Trousseau y Pidoux).

¡ Entre la primera experiencia de Hahnemann y la publicación del *Organon* habían transcurrido veinte años de investigaciones y trabajos no interrumpidos !

Os he mostrado (véase lección 3.^a) que fué también la experiencia sola la que condujo a Hahnemann al empleo de las dosis infinitesimales, cuya eficacia le sorprendió considerablemente, y que le permitió descubrir una nueva ley terapéutica : *la ley de la acción y de la reacción* que todos los fisiólogos han admitido después, pero guardándose bien, generalmente, de atribuirle la paternidad.

Por más esfuerzos que haga, no veo, en todo esto, ni metafísica, ni obscuridades, sino modelos de observaciones y de experiencias bien conducidas.

Tal es la parte esencial, experimental, que podría llamarse positiva de la obra de Hahnemann, porque *la Homeopatía no es más que el positivismo en medicina* y si Augusto Compte hubiera vivido antes que nuestro Maestro, es indudable que la reforma de este último, en lugar de ser combatida con encarnizamiento, hubiera sido adoptada con entusiasmo y hubiera substituído a todos los métodos fundados sobre teorías o experiencias mal interpretadas e imprudentemente generalizadas.

Pero la obra de Hahnemann hubiera sido incompleta sino hubiera buscado la explicación de los fenómenos que había comprobado y las leyes que acababa de establecer. Y llegamos a la parte teórica de la Homeopatía, variable con los distin-

tos autores, y que puede discutirse siempre porque no se trata aquí ya de hechos, sino de palabras : *Verba et voces*.

Por otra parte, Hahnemann no impuso sus teorías como dogmas y se guardó mucho de atribuirles la misma importancia que a los hechos : Puesto que el hecho es positivo, dijo, poco nos importa la teoría científica del modo cómo ocurre. Yo doy escaso valor a las explicaciones que podrían intentar dar sobre ello (1).»

Examinaré, en otra parte, las teorías de Hahnemann, pero es bueno que conozcáis desde ahora lo esencial de las mismas.

En filosofía médica, Hahnemann, es vitalista. En eso, no veo nada extravagante. No son sólo los homeópatas, los que prefieren en nuestros días el vitalismo, al animismo de Stahl y sobre todo a las diversas doctrinas orgánicas. El vitalismo continúa prevaleciendo en Montpellier, y mi Maestro Grasset, fué indudablemente uno de sus más ilustres representantes.

¿Y sabéis cómo explica Hahnemann la acción de las dosis infinitesimales? Por una teoría que os reto a que la rechacéis. Escuchadla : La verdadera virtud de las sustancias médicas es dinámica y consiste en fuerzas inmateriales.

«En la naturaleza, la materia es poca, las fuerzas son casi todo... **LA MATERIA ES FUERZA**».

Pero esta es la teoría de nuestros físicos modernos, la que han admitido, en medicina Gustavo

(1) *Organon*, párrafo 28.

Le Bon, Robin y Huchard. Y diríase, en verdad, que Hahnemann ha previsto las emanaciones del radium y la producción de los iones.

¿Qué queda ahora de vuestros prejuicios contra la Homeopatía? Absolutamente nada.

¡Et nunc erudimini qui medicatis terram! (1).

Hace mucho tiempo, por otra parte, que en el fondo de su corazón nuestros colegas de balnearios han reconocido la verdad de la Homeopatía. Once de ellos me lo han confesado. «Sería preciso que yo fuese muy imbécil para no haberme apercebido de que nuestras aguas no obran más que homeopáticamente», me ha escrito un médico de Vichy. Y otro de la misma estación: «He reconocido, hace ya muchos años, que había hecho durante largo tiempo homeopatía sin saberlo». Un tercero, de Bagnoles: «Ciertamente soy homeópata, pero no es prudente proclamarlo». (Bagnoles está en Normandía). De la carta de un médico de Luchón, que no oculta su admiración hacia Hahnemann, saco la frase siguiente:

«Sí, los acuáticos son homeópatas o por lo me-

(1) No vayáis a deducir, sin embargo, de esta sucinta exposición que todo ha de admirarse en la obra de Hahnemann. Nuestro Maestro ha cometido errores y se ha dejado arrastrar a exageraciones sensibles. Fué combatido, en ciertos puntos, por sus mismos primeros discípulos. La Homeopatía no es una religión revelada que quiere imponerse; es una doctrina humana que se perfecciona cada día. Recientemente Nevel, de Lausanne, la ha hecho progresar considerablemente con su concepción de los remedios canalizadores o de drenaje que os explicaré detalladamente.

nos deberían serlo todos, sintéticamente, racionalmente y filosóficamente».

Pero aun hay más, los alópatas más convencidos reconocen y proclaman, sin sospecharlo, la acción homeopática de las aguas minerales. Vosotros habéis recibido como yo en estos últimos tiempos, una circular alabando las virtudes del agua de Pestrin (Ardèche), y habéis podido leer esto: «El agua de Pestrin, absolutamente atóxica, os permite cortar un flujo intestinal, agotador para el enfermo, pero sin suprimir brutalmente una reacción a menudo útil. No os ocultamos que esta propiedad verdaderamente original del agua de Pestrin es un hecho clínico que hasta nueva orden, nos vemos obligados a admitir como tal, porque nada en el análisis químico del agua de Pestrin puede explicar su curiosa virtud antidiarréica...».

Habiendo leído esto, yo estaba bien seguro que esta agua maravillosa contenía, a dosis infinitesimales, sustancias medicamentosas, que, a dosis fuertes o tóxicas, producen diarrea. A petición mía, la administración de la Fuente, me dió a conocer la composición del agua de Pestrin. Contiene sobre todo, *7 miligramos de sulfato de sodio* por litro y además, trazas de *cobre y de arsénico*. ¡He aquí más de lo necesario para explicar sus propiedades antidiarréicas!

Recibí al mismo tiempo, dos páginas «de testimonios oficiales de eminencias médicas y otras». Dejemos, en la alegría de curación, al señor cura de Brugairolles declarar que el agua de Pestrin

es «La fuente de la vida», y a la señora viuda Boffard «emprender un verdadero apostolado cerca de sus hermanas de infortunio», y atengámonos a las eminencias médicas. Los discípulos de Hahnemann, por mi humilde persona, agradecen calurosamente a los excelentes colegas alópatas que, al reconocer la acción antidiarréica de esta agua, han venido a aportar un testimonio inconsciente y por consiguiente no sospechoso, en favor de la ley de Semejanza y de las dosis infinitesimales. Citemos en la orden del día de la Homeopatía, los doctores : Petit, del Hotel-Dieu ; Van Merris, de Val-de-Grace ; Nitot, de París ; Roux, de Burdeos ; Alix, de Brest ; Reynes, de Vichy ; Barisien, de Sidi-Bel-Abbes ; Carlos Olivier e Infernet, cuya residencia no está indicada.

Y no es esta la primera vez que la Homeopatía me permite explicar, muy fácilmente, curaciones que parecían extraordinarias. Una noche de viva discusión histórica en la Béchellerie, Anatolio France, que buscaba en el primer volumen de las Memorias de *Thiébault*, una anécdota que quería leernos, dejó de hojear el libro y fijando en mí una mirada maliciosa : «He aquí algo que os concierne, me dijo, es una curación maravillosa que os reto a que atribuyáis a la Homeopatía» y nos leyó el pasaje en que *Thiébault*, cuenta que su hermana fué curada de un bocio por la ingestión diaria de una cucharada de café de polvo de esponja quemada. Por toda respuesta, saqué de mi bolsillo el pequeño Boericke que apenas abandono — porque es un breviario—y sin decir palabra, mos-

tré a M. Bergeret que los homeópatas emplean a veces *Spongia tosta* contra el bocio «Thyroid gland swollen» dice el texto—. «Me habéis dejado corrido, amigo mío, dijo el pobre Maestro amenazándome con el dedo, corrido como el inglés que discutía por signos con Panurgo, pero afortunadamente de un modo menos sucio».

X. OS VOLVEREIS HOMEOPATAS

La verdad es para todos. Lo que sabéis útil, bueno para todos, no podéis callarlo honradamente... Hablar es bueno, escribir es mejor, imprimir es una cosa excelente.

(P.-L. Courrier, Libelo de libelos).

No me queda ya, para terminar más que apartar de los homeópatas dos reproches inmerecidos y un ridículo.

Un médico de París, el doctor W... que me ha escrito tres cartas muy interesantes y muy sensatas, me ha dicho, no obstante, en una de ellas: «Lo confesaré, hay una cosa que me choca en la Homeopatía; ¿por qué no llamar las cosas por su nombre? Vi en una prescripción: *Metallum album* en lugar de *arsenicum*. Esto hace creer al enfermo que le dan un medicamento especial que los otros médicos no emplean, y parece que es una falta de franqueza». Igual, he contestado, como cuando vosotros prescribís *gránulos de Dioscórides* por gránulos de ácido arsenioso o *extracto tebaico* por extracto de opio.

El primer enfermo a quien prescribí *arsenicum album* fué a contar que yo le había dado matarratas, y sé por Lombroso mismo — porque el célebre alienista italiano practicó la Homeopatía du-

rante toda su carrera — que la misma prescripción le valió ser acusado de tentativa de envenenamiento respecto a los alienados del Hospicio de Pavía. Emplead, pues, sin escrúpulo, estos inocentes eufemismos, como lo habéis hecho siempre en alopatía.

Pero he aquí lo que es más grave. —¿Por qué los homeópatas han ocultado cuidadosamente lo que nos reveláis hoy?» me han preguntado muchos colegas. Y un Gascón ha añadido inclusive: —«¡ Como no sea para hacerse con su método una pensión de viudez y un alquiler!» Ya en 1912, Chantemesse decía, en su servicio de hospital. —«No nos burlemos más de los homeópatas, las vacunas y las tuberculinas no obran más que según sus principios; pero reprochémosles que guarden para ellos lo que saben y no hagan partícipe al mundo médico de sus conocimientos».

Jamás reproche alguno fué más injusto. La verdad no ha de temer más que la «terrible persecución del silencio» que fué hasta hoy, tan sabiamente organizada contra nosotros. Los homeópatas han estado siempre prontos a exponer su método ante la Academia, la Facultad y el público médico. He aquí tres hechos que os lo probarán.

En su tiempo, Bouillaud fué el gran adversario de la Homeopatía... y del fonógrafo. Cuando presentaron este aparato a la Academia exclamó a voz en grito que no sería juguete de un hábil «ventrilocuo» y que además, «¡ un vil metal no podía reemplazar el noble aparato de la fonación

humana!» Con el mismo maravilloso sentido crítico, juzgó y condenó la Homeopatía: «Si yo viera esas curaciones, no creería en ellas» se atrevió a decir. Otro día, proclamó que la Homeopatía no era nada, un deshonor, la nada» lo que no le impidió acusarla en seguida de ser «más mortífera que la pólvora (1)».

Finalmente, el 7 de diciembre de 1885, Bouillaud desafió a todos los homeópatas a sostener la comparación del método de ellos con el suyo. ¿Sabéis cuál era el método de Bouillaud? Era la sangría a todo trance, en la que derrotaba a todos sus contemporáneos, Broussais comprendido. «Saca más sangre en dos días que Bosquillón en una semana, hacía notar Capuron, que por esta frase impía, fué acusado, ¡oh Molière! de faltar al respeto a la *gran memoria de Bosquillón*».

En cuanto se lanzó, fué recogido el reto de Bouillaud por muchos homeópatas de París y de la provincia. Sin abandonar su proposición Bouillaud declaró (carta del 7 diciembre 1858) que la orga-

(1) Mientras que en París, profesores y académicos se convulsionaban al solo nombre de Homeopatía, llegaban de la vieja e ínclita Facultad de Montpellier palabras llenas de sentido común y de prudencia. El célebre decano Lordat escribía a M. Donné: «No admito ni rechazo la Homeopatía que no he tenido tiempo de estudiar. He oído juicios tan distintos, tan opuestos, por parte de hombres serios, ilustrados, que debo abstenerme hasta que pueda tener una opinión; es decir: hasta que haya practicado un examen profundo, tanto más cuanto este método tiene el voto de uno de los maestros más distinguidos, M. d'Amador, Prof. de Patología y de Terapéutica general». Esto se llama razonar.

nización del tribunal competente no dependía de él, y que era preciso dirigirse a la Academia. Es lo que hicieron en seguida los homeópatas. Aún ha de venir la respuesta.

La Facultad debía ser no menos intolerante que la Academia. No ha dejado de serlo: el 18 de septiembre 1919, un médico parisién pidió por carta al decano, la autorización para abrir un curso libre de Homeopatía en la Facultad de Medicina. Pero nuestros magníficos señores que asientan en los Consejos de la Universidad, con la toca, la toga y la epitoga estuvieron unánimemente de acuerdo para rechazar esta petición, sin dignarse siquiera justificar su negativa. ¡Oh Libertad! ¡Oh República! ¡Oh Democracia!

En junio 1913, unos homeópatas ardientes y celosos fundaron, en el 9^{ter} del boulevard Montparnasse, un Dispensario-Escuela, que desgraciadamente fué arrastrado por la gran tormenta de la guerra. Yo no sé que ninguno de los médicos que siguieron los cursos hayan abandonado la Homeopatía para volver a la terapéutica oficial. Al contrario, leo a menudo, con placer, artículos firmados por estos primeros discípulos que son hoy a su vez, excelentes terapeutas.

Los homeópatas no merecen, pues, en modo alguno, el reproche que les ha dirigido Chantemesse y que otros han repetido.

He aquí, ahora lo que es muy divertido. Muchos lectores me han escrito: ¿No sabéis que vuestro nombre de homeópatas os perjudica mucho? ¿No comprendéis lo que tiene de ridículo?

Y uno de ellos, que ha leído a Montesquieu y se acuerda de Rica, exclama : «¿Cómo se puede ser ho-me-o-pa-ta?» Primero me ha hecho sonreír, pero reflexionándolo, no la he encontrado ya tan pueril. Es cierto que este nombre extraño, que nos ha impuesto Hahnemann, parece situarnos en un mundo quimérico y misterioso, entre los astrólogos y los espíritas. Somos uno de esos mortales desgraciados que llevan toda su vida su nombre como una cruz, tal, por ejemplo, el honorable señor Bouffandeau. Yo no conozco a ese diputado ; quizás es esbelto, elegante y distinguido, y se complace, como el señor Bergeret en las orgías silenciosas de la meditación. Esto no impide que las tres sílabas llenas y macizas de su nombre le hagan aparecer inmediatamente ante mi vista bajo el aspecto de un ciudadano obeso y apoplético, de frente estrecha y cogote gordo, a punto de mascar con gran apetito el rodaballo a la mayonesa, inevitable segundo plato de todo banquete democrático.

Pero si este nombre os preocupa, ¿quién os impide tomar el de médico positivista? Tenéis para ello todos los derechos y tiene un pequeño aspecto de ciencia exacta, precisa y distinguida que refluirá sobre vosotros. No hará reír al público y seducirá a las hermosas señoras que no se apresurarían tanto en asistir al curso del señor Bergson, si el ilustre filósofo hubiera tenido la desgracia de llamarse Grenouilleau, como uno que conocí.

Cuando uno se mete a escribir por primera vez,

así como yo hago, se expone a un gran peligro. Basta recibir algunas cartas de felicitación — y no me las han economizado lectores demasiado indulgentes — para estar completamente dispuesto a creer que uno ha hecho una obra maestra. Se me ahorrará este ridículo gracias a los colegas que me han probado, por sus preguntas que yo no he conseguido siquiera explicarme claramente. Muchos, a pesar de lo que ya he dicho, me preguntan todavía que les indique los libros que hay que estudiar. Repito, para ellos, que me he asegurado por medio de los editores, que las obras útiles para los principiantes están completamente agotadas. Los que saben el inglés podrían comprar los dos volúmenes del americano Nash: *Leaders of Homeopathic Therapeutic* y *Testimony of clinic* que son excelentes; desgraciadamente, al tipo del cambio, su precio es ruinoso. Pero todos poseéis un tratado de *Toxicología*. Este puede ser vuestro primer libro de Homeopatía. No me divierto aquí en hacer paradojas. Mi caso del *opium*, de la última lección, os ha demostrado el provecho que yo había sacado de los caracteres de la intoxicación tebaica. Podéis hacer lo mismo con cualquier otro remedio cuyos síntomas poseáis bien. He aquí una segunda prueba: hace cuatro años, fui llamado, una noche de invierno, para una señora que me dijeron acababa de ser atacada de locura. Se trataba, efectivamente, de un acceso típico de manía aguda que duraba hacía veinte horas. Agitación desordenada, llantos, risas, cantos, gritos de terror, logorrea, no faltaba

nada al cuadro. Analizándola cuidadosamente, he aquí lo que noté: la enferma tenía la *cara muy roja* y las *pupilas sumamente dilatadas*; no tenía secreción salival exagerada, lo que hubiera sido normal en su estado; se quejaba, por el contrario, de *sequedad de la garganta* y pedía agua sin cesar. Presentaba pocas ilusiones, pero lo que es raro en el acceso de manía, *alucinaciones visuales de animales*, de objetos de *color de fuego y de incendio*. Me aseguré ante todo de que la enferma no había tomado ningún remedio ni empleado colirio de atropina, y ante este cuadro que se parecía, punto por punto, al de la intoxicación por la belladona, hice tomar una cucharada cada diez minutos de un vaso de agua que no contenía, como agente medicamentoso, más que una sola gota de tintura de belladona. Media hora después, la enferma caía en un profundo sueño que duró quince horas, y del que se despertó completamente curada. Añado para los psiquiatras, que este acceso no se ha repetido hasta ahora.

Respecto a otro punto y de los más importantes, no he sido comprendido por varios médicos. «Tengo la catarata», me escribe uno de ellos; «una neuralgia facial», gime otro; «mi suegra tiene la enteritis», se lamenta el modelo de yernos, y todos en coro: ¡Decidnos lo que hay que tomar!... Mis queridos colegas, si bastara, para encontrar el remedio curativo, plantear la ecuación fácil, pero falsa 99 veces de cada 100: tal enfermedad igual a tal remedio, todos seríais, y desde hace mucho tiempo, homeópatas. Desgra-

ciadamente, es mucho menos sencillo. Nosotros no tenemos específicos. Cualquier remedio de nuestra riquísima «Materia médica» puede convenir en un caso dado; basta que haya producido todos los síntomas en el hombre sano. Es preciso, pues, primero, conocer completa y exactamente todos estos síntomas y sus modalidades, luego hallar, entre muchos otros centenares, el remedio que los ha producido más exactamente. Ya adivináis que esto no es siempre fácil. A menudo es inclusive imposible en las afecciones crónicas en que los síntomas de desfallecimiento de varios órganos se suman y entretajan. Entonces pueden, con ciertas reservas, emplearse a la vez varios remedios, sea, como lo hace Villechauvaix, con fórmulas variables, sea con fórmulas fijas como lo practica Mendel (1). Pero esta es la seria cuestión de la Homeopatía que os expondré fuera de aquí. Se tiende con frecuencia a practicar la Homeopatía a la manera alopática, es decir, sin individualizar. Siempre que lo he intentado, he fracasado invariablemente. He aquí un antiguo ejemplo que me ha servido de lección y que nunca he olvidado: «Una señora me rogó hace unos diez años, que fuera a ver a su hijita atacada de coqueluche, al mismo tiempo que la nodriza. Presencí una quinta del niño. *La tos era perruna y la cara estaba muy congestionada.* La mamá me informó que las quintas eran *más graves por la noche* y que parecía despertarlas *el menor movimiento.* Prescribí un grano de Belladona 6.^a cada

(1) *Manuel d'Homéopathie complexe* (Vigot, 1924).

hora. No vi a la nodriza que estaba de compras y me creí autorizado a ordenarle el mismo remedio, a la dosis de 3 gránulos, cada hora igualmente. Ahora bien, desde la noche siguiente, el niño no tuvo más que una quinta, y en dos días había cedido completamente su coqueluche, mientras que la de la nodriza no hacía más que aumentar. La examiné a su vez: *sus quintas eran muy violentas* y se terminaban con la espectoración y una gran cantidad de moco viscoso, pegadizo, que colgaba de la boca en largos filamentos. *Coccus cacti* 3.^a produjo una pronta curación».

Individualizaréis, pues, cuidadosamente, recordando lo que dijo antes que nadie Hahnemann: «Cuidamos enfermos y no enfermedades», y os convertiréis en homeópatas.

Observad, sin embargo, que no tenéis por esto que trastornar toda vuestra práctica. La terapéutica que aplicáis actualmente a vuestros desgraciados enfermos no os satisface más que cuando es estrictamente homeopática, con los sueros, las vacunas, las aguas minerales, la digital, el mercurio, la quinina, etc. Os bastará, pues, para ser por completo de los nuestros, primero disminuir las dosis de estos medicamentos, como no dejaba de aconsejároslo Huchard (1), luego reemplazar

(1) No ignoro que M. Ch. Fiessinger aconseja las dosis elevadas de vuestros titulados específicos. Yo os he mostrado, con Malherbe y Brocq que el mercurio obra a menudo mejor a pequeñas dosis. Otro tanto puedo decir de la quinina. Un viejo médico de Marina que había servido en casi todas las Colonias antes de establecerse en la

por medicamentos homeopáticos todos aquellos cuya ineficacia y peligros proclamábais vosotros mismos, y que constituyen, lo que he llamado sin que nadie haya protestado, tan merecido es sin duda el epíteto, vuestra «asombrosa farmacia».

Considerad también que la Homeopatía ha sido enseñada y practicada ya por cuatro generaciones médicas, hecho sorprendente en el arte terapéutico, en que la inestabilidad y el cambio es la regla.

No olvidéis, finalmente, que todos los que la han estudiado seriamente, consagrandole a ella el tiempo necesario y sin descorazonarse por los inevitables fracasos de los comienzos, han continuado siempre obstinadamente fieles, así fuesen sencillos prácticos rurales o de la gran ciudad, medalla de oro del internado como Jousset, profesores de Escuela de Medicina, como Imbert-Gourbeyre, de Facultad, como Andrieu y d'Amador, o médicos de los Hospitales de París, como Tessier (1).

región palúdica vendeana, decía al doctor Viaud (de Burdeos) que me lo ha repetido: «Nunca he obtenido tan buenos resultados en el paludismo, del que tengo gran experiencia, como dando la quinina a la dosis de 1 centigramo cada hora». Por ventura Lermoyez no emplea sólo 10 centigramos de quinina en el vértigo de Ménière para el que Charcot daba 50 y más centigramos.

Fuster y Bertin (de Argel) han recomendado igualmente las pequeñas dosis de quinina en la malaria (v. *Journal des Praticiens*, 3 abril 1909).

(1) La fidelidad a sus convicciones homeopáticas, costó la Oficina central a Jousset y la agregación a Tessier;

Cuando obtengáis curaciones análogas a las que os he citado, vuestra gratitud deberá corresponder primero a M. Ch. Fiessinger, que me ha dado, en este periódico casi oficial de la alopátia, tan extendido está, una hospitalidad tan prolongada y amplia. He abusado un poco de ella; dígnese aceptar mi vivo agradecimiento y el de mis colegas en Homeopatía, poco habituados a encontrar en los maestros de la Escuela opuesta tanta benevolencia y tan serena imparcialidad. Algunos de ellos se han asombrado extraordinariamente; no yo por ejemplo, tan evidente me parece que M. Ch. Fiessinger ha sido escogido, eternamente, por la Providencia para favorecer la propagación de la fe homeopática entre los Gentiles. Porque, cuanto más considero la obra saludable que persigue en este periódico, más me apercibo que nos ha preparado ampliamente el terreno y ha allanado maravillosamente los caminos. No ha cesado, primero, de poneros en guardia contra el peligro de las medicaciones perturbadoras, os ha enseñado a no brutalizar el organismo, a respetar, por el contrario, el esfuerzo de la naturaleza, y esto, es el primer precepto de la Homeopatía. Al mismo tiempo, le habéis visto con mano atrevida y vigorosa desbrozar el campo terapéutico de los errores que le obstruían; como casi lo ha dejado desnudo, he venido yo, detrás de él, a sembrar la buena semilla de la Verdad. Vuestro amor al

Imbert-Gourbeyre perdió la Cátedra de terapéutica de la Facultad de Montpellier, como Fonsagrives, su afortunado competidor, lo reconoció en una carta muy digna.

estudio y vuestra conciencia profesional lo harán germinar y os volveréis homeópatas.

Homeópatas con Hipócrates, con Hahnemann, con Pasteur, estaréis en bastante buena compañía para oír reír sin conmoveros ¡ a los farmacéuticos, los ignorantes y los necios !

Elenco de la Editorial MANUEL MARÍN

Provenza, 273 - BARCELONA

Manual de las enfermedades del tiroides

por el Dr. G. MARAÑÓN

Volumen de 212 páginas y 51 figuras, tamaño 14 × 22 centímetros, encuadernación en tela gris, orlas a dos tintas y rotulados oro.

Pesetas 12

*

Enfermedades endocrinas

por el Prof. Dr. CURSCHMANN

Volumen de 190 páginas y 46 figuras. Igual tamaño al anterior.

Pesetas 10

*

Neurología

por el Dr. KRABBE

Volumen de 368 páginas. Igual tamaño por pertenecer asimismo a la "Colección Marañón".

Pesetas 12

Herencia y Constitución

por el Prof. Dr. BAUER

Volumen de 234 páginas y 56 figuras, de la "Colección Marañón".

Pesetas 10

*

Exploración clínica y de diagnóstico médico

por el Dr. CARLOS L. GREENE

Traducido de la cuarta edición por el Dr. FRANCISCO TOUS BIAGGI

Dos volúmenes en 4.º mayor, con 1.600 páginas, profusamente ilustrados en negro y color y láminas en tricromía, encuadernados en tela inglesa y planchas especiales.

Pesetas 54

*

Diagnósticos biológicos prácticos

por el Dr. NOEL FIESSINGER

Traducción del Dr. PEDRO FARRERAS

Volumen en 8.º de 376 páginas ilustradas con 74 figuras en negro y 9 láminas en color.

Rústica: Ptas. 9'— En tela: Ptas. 10'50

Enfermedades alérgicas

(Idiosincracia, Asma, Fiebre del Heno, Urticaria,
Jaqueca, etc.)

por el Dr. HUGO CAMMERER

Traducción del Dr. P. ESCRIBU ARRAUT

Volumen en 4.º de 336 páginas, esmerada-
mente impreso.

Rústica: Ptas. 9

En tela: Ptas. 12



La práctica ortopédica en el tratamiento de las fracturas

por el Prof. FRITZ LANGE

Traducción del Dr. L. RIBÓ RIUS

Volumen en 8.º de 108 páginas, ilustradas
con 81 grabados en negro y encuadernado
en tela.

Pesetas 6

Medicina de urgencia en los accidentes deportivos

por el Dr. FÉLIX MANDL

Traducción del Dr. L. RIBÓ RIUS

Volumen en 8.º mayor, de 216 páginas ilustradas con 71 figuras.

Rústica: Ptas. 12

En tela: » 15



Diagnóstico clínico de los tumores del vientre

(Flegmasías, cálculos, meteorismos, ptosis, íleos, hernias, quistes, gestaciones, etc.)

por el Prof. TH. NAEGELI

Traducción del Dr. PEDRO FARRERAS

Volumen en 8.º, de 524 páginas ilustradas con 348 figuras en negro, en color y esquemáticas.

Rústica: Ptas. 32

En tela: » 35

Prontuario de psiquiatría práctica

por el Prof. M. ROSENFELD

Traducción del Dr. F. GONZÁLEZ DELEITO

Volumen en 8.º, con 224 páginas esmeradamente impresas y rica encuadernación en tela.

Pesetas 10



Los métodos curativos psíquicos

por el Dr. KARL BIRNBAUM

y colaboración de los doctores JALOWICZ, HEYER,
HATTINGBERG, WEXBERG y KRONFELD

Traducción y anotación por D. RAMÓN SARRÓ

Volumen en 4.º, con 480 páginas y esmeradamente impreso.

Rústica: Ptas. 15

En tela: » 18

Tratado de higiene

por el

Prof. Dr. ANTONIO SALVAT NAVARRO

Introducción por el Dr. PH. HAUSER

Dos volúmenes en 4.º mayor, de 1544 páginas muy ilustradas, impresas en papel satinado especial.

Rústica: Ptas. 50 - En tela: Ptas. 56

*

Las fuerzas curativas del espíritu

(Persuasión, Fe, Sugestión, Psicoanálisis)

por el Dr. A. AUSTREGESILO

Traducción de D. OCTAVIO DE CARRERAS

Volumen en 4.º prolongado. Rústica: Ptas. 2'50

*

No sea usted aprensivo

por el Dr. LÖBEL

Traducción del Dr. J. GONZÁLEZ CAMPO DE COS

Volumen en 8.º, de 221 páginas, encuadernación en rústica y cubierta en tricolor.

Pesetas 4

Vacunoterapia del médico práctico

por el Dr. R. W. ALLEN

Traducción del Dr. F. TOUS BIAGGI

Volumen en 8.º, de 384 páginas y encuadernación en tela.

Pesetas 10



El régimen alimenticio en las enfermedades del estómago y del intestino

por el Prof. Dr. I. BOAS

y Prof. Dr. G. KELLING

Traducción del Dr. F. TOUS BIAGGI

Volumen en 8.º, de 351 páginas encuadernado en tela y planchas especiales.

Pesetas 8

COLECCIÓN SCHWALBE

(ERRORES DIAGNÓSTICOS Y MANERA DE EVITARLOS)

Volúmenes de 17 x 25 centímetros, encuadernados en tela y planchas especiales.

Enfermedades del cerebro, de la médula oblongada, médula espinal y nervios periféricos

por los Dres. MEYER y CASSIRER

Nutrido e ilustrado Pesetas 12

Neurosis - Neurosis traumáticas - Psiquiatría - Responsabilidad civil y penal del médico por faltas profesionales

por los Dres. WEBER, NAEGELI, MEYER y EBERMAYER

282 páginas. Pesetas 12

Enfermedades de los órganos de los movimientos y zoonosis - Intoxicaciones

por los Dres. KRAUSE y ZANGGER

251 páginas. Pesetas 10

Terapéutica física (Dietética, Electroterapia, Hidro y Termoterapia, Ortopedia, Masaje, Gimnasia muscular y Balneoterapia)

por los Dres. STRAUSS, SCHLOSSMANN, MANN, STRASSER, HOHMANN y ZORKENDORFER

233 páginas y 44 figuras Pesetas 10